

ARMAS Y LETRAS

ARTES · CIENCIAS · INVENTOS · VIAJES · DEPOR-
TES · LITERATURA · PASATIEMPO · CURIOSIDADES
~ VULGARIZACIONES CIENTÍFICAS ~

— DIRECTOR (PROPIETARIO) —

VICENTE VALERO DE BERNABÉ

15 DE JULIO DE 1924

AÑO V NÚMERO 83

HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID



Ayuntamiento de Madrid

LA PISTOLA NACIONAL



Fabricantes: ESPERANZA Y UNCETA
GUERNICA (VIZCAYA)
DELEGACIÓN GENERAL A. V. DE BERNABÉ
DUQUE DE OSUNA, 3.-MADRID

Unica reglamentaria en el Ejército
Unica reglamentaria en la Marina de Guerra
Unica reglamentaria en el Cuerpo de
Carabineros, en el Cuerpo de prisiones y
para los Jefes y Oficiales de la Guardia
civil

CALIBRES, 9 mm. 7'65 y 6'35

Los señores Jefes y Oficiales pueden adquirir a plazos
estas pistolas por conducto de

ARMAS Y LETRAS

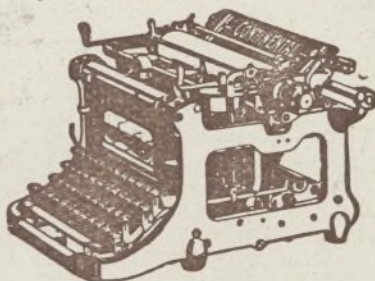
PEDRO ANDION

IMPERIAL, 8 Y 16, Y BOTONERAS, 8

TELÉFONO 14-87 M.

Lonas para toldos y cortinas.—Lencería, cutíes y terlices para colchones.—
Saquerío para envases de lanas y cereales.—Cordelería y tramillas.—Yutes
para enfardaje.—Mantas, colchas y géneros blancos.—Gutaperchas.—
Lanillas para banderas.

LA MAQUINA DE ES-
CRIBIR QUE REUNE
TODOS
LOS ADELANTOS
MODERNOS



PIDANLA A PRUEBA
A LOS CONCESSIONA-
RIOS EXCLUSIVOS para
ESPAÑA, PORTUGAL
y MARRUECOS

ORBIS, (S. A.)

MADRID: Hortaleza, 17.—Teléfono 44-58 M.
BARCELONA: Balmes, 12.—Teléfono A. 458.
VALENCIA: Mar, 8.
BILBAO: Ledesma, 18.
PALMA DE MALLORCA: Quint, 7.
SEVILLA: Rivero, 7.
TOLEDO: Comercio, 14.

Procedentes de cambios por la sin par máquina de escribir CONTINENTAL, se venden
máquinas de ocasión de todos los sistemas, en buenas condiciones.

CALCULADORAS

ALQUILER

Taller de reparaciones de toda clase. --:-- Accesorios para todos los sistemas.

Especialidad en Muebles de Oficina --:-- --:-- --:-- PIDAN PRESUPUESTOS

Ayuntamiento de Madrid



LA CURA DEL GUSANO

El fecundo sol de julio viste de oro las monotonías de la Dehesa de Carabanchel, y bajo el toldo que ofrece menguada protección contra sus rayos implacables, presenciábamos con interés las últimas pruebas de los que los iban a obtener en día el *brevet* para el mando de unidades de carros de asalto. Sudorosos, congestionados y cubiertos de las manchas de grasa que prodigan el motor y todo el carro, vemos salir, uno después de otro, sonrientes y satisfechos, tras los duros zapaartos al bascular del carro en cada obstáculo, los oficiales que sufren la prueba de aptitud.

Rostros, paisaje, temperatura, ambiente... todo evoca otros días y otros lugares de lucha, de fatigas y gloria, lugares de eterna recordación y sin pretenderlo. Se cruzan frases de alusión, quizás de nostalgia.

¡Bien, Villagran! ¿Qué diría el Kaid Alí si le viese salir del artefacto?

«¡Bravo Pimentell! Reciba mi felicitación. Por cierto, ahí llevaría usted las órdenes con menos rapidez que allá, en la mehallá.»

«Oiga Berenguer, ¿cómo se llamaba nuestro médico de Alcazarquivir? No vendría mal que me arreglase este chichón.»

«Hombre ¿es posible que no se acuerde? Lloret.»

«Lloret, Lloret», dice la voz reposada de Orgaz, «¡qué gran carácter y que bravo corazón! Es

el de la fantástica cura de los gusanos de la vista.»

¡Los gusanos de la vista! interrumpe un oyente, «¿con qué se come eso? ¿nos dejará usted con la curiosidad de saberlo?»

«De ningún modo», responde el prestigioso jefe y pasando la mano por la frente, con gesto habitual, comienza su relato.

«Sepan ustedes señores, que Lloret ejercía las refunciones de médico en un sentido de misionero, de hombre de ciencia y de héroe, que bien necesario era todo esto para aventurarse por caminos, aduares y barrancos, refugio las más de las veces de fanáticos enemigos de España, de su fe y de cuanto trascendiera a civilización. Lloret, no obstante, visitaba enfermos de todas las morunas condiciones, extendía recetas y hasta facilitaba medicamentos entre todos aquellos que, por odio, ignorancia o sencillamente por la dificultad de comunicaciones, no acudían al dispensario de Alcázar. Esto desmentía», continuó Orgaz, «la conveniencia de dispensarios ambulantes con material transportable a lomo, que de poblado en poblado, fueran dejando la semilla de una España grande y civilizadora.»

«Un día se acercó a Lloret un jefe moro de cierto poblado manifestándole deseos de que viese un niño del aduar. Lloret se dispuso en el acto para reconocer al enfermo que venía en brazos de su



madre, mora de curtidas facciones y negrísimos ojos que miraban recelosos.»

El morito padecía una aguda oftalmia blenorragica vurulenta y el doctor, ante la vulgaridad del caso, comenzó sin vacilaciones la curación que, como es natural, no podía realizarse en una sola sesión. La enfermedad no se presentaba, en forma alguna, rebelde al tratamiento y los progresos eran bien claros y terminantes a pesar de lo cual, a los pocos días dejó de presentarse la mora con su hijo. Esto produjo extrañeza y alguna contrariedad al médico, interesado ya en la curación, y me preguntó si conocía los motivos de la inexplicable ausencia.»

«No lo sé, respondí, pero llamaremos al Kaid y y él nos informará.»

«Compareció el jefe y después de pequeña vacilación decidió explicarse.

«Médico español estar buino, buino por Dió grande, pero tardar mucho. Mukera conocer otra mukera que sacar bichos de los ojos y curar muchacho.»

—«Pues yo quisiera —dijo Lloret— presenciar esa cura.»

—«Y yo también —añadí— rogando al moro que nos avisase en tiempo oportuno.

Sobre el *ayatzir* o esterilla de junco, apoyando la descuidada cabecita sobre los restos de astrosa chilaba, bien ajeno al terrible experimento que iba a realizarse, aguardaba el enfermito la

anunciada intervención quirúrgica de una mora vieja, desgredada y sucia que sostenía en la diestra mano un plato con el instrumental propio del caso.

Un odre colgado en la pared en funciones de despensa, al *amokray* o tetera colocada sobre el hornillo, una *mekla* o sartén, cazuelas y platos de barro, constituían todo el ajuar y decorado de la mísera habitación en la que penetramos bajando la cabeza para no tropezar en el dintel.

Los preparativos no fueron largos. La operadora nos explicó que con las cañitas que tenía en el plato, previas ciertas oraciones, soplaría y aspiraría después los gusanos que destruían la vista del niño, y tras la breve exposición de su método se inclinó sobre el enfermito empuñando la amenazadora cañita.

Lo que ocurrió entonces me llenó de sobresalto y sorpresa. Lloret se lanzó de un salto sobre la curandera, y cogiéndola por el cuello la arrojó violentamente al suelo. Después, con mano dura apretó las mandíbulas de la víctima e introduciendo un dedo hasta el paladar, nos mostró triunfalmente algo que pudo extraer de la repulsiva y desdentada boca. Eran tres gusanos, de regular tamaño, que hábilmente colocados por la simuladora, estaban destinados a darnos la sensación de proceder de los ojos del niño.

«Ahora», terminó Orgaz, «que venga Lloret a curarme los chichones que me va a hacer el carro.»

JUAN MATEO Y PÉREZ DE ALEJO

CARGAS CELEBRES

Suele citarse como ejemplo de cargas, la de la caballería ligera inglesa en Balaklava, en la guerra de Crimea; los historiadores han narrado hasta sus menores detalles, y no hay pintor inglés de asuntos militares que no se haya inspirado en ella. No menos épica, por más que no se la haya dado tanta fama, fué la carga de nuestros valientes húsares de la Princesa en la batalla de los Castillejos, en la cual, encargados de desbaratar la caballería marroquí, los húsares no sólo cumplieron este cometido, sino que persiguieron al enemigo hasta su propio campamento, teniendo para ello que salvar tres trincheras.

Pero tal vez más notable, por lo menos en cuanto a sus resultados, fué la carga de caballería de Kellerman, en Marengo. Desde el amanecer hasta media tarde, el ejército austriaco llevaba

la mejor parte en la batalla. Desaix se acercó a Napoleón para decirle: «La batalla está completamente perdida; pero no son más que las cuatro y hay tiempo para ganar otra.» Un poco más tarde, Kellerman, con sólo 400 hombres de caballería que habían estado ocultos, cayó sobre la infantería húngara. El choque fué tan inesperado y violento, que 2.000 hombres con su general se vieron obligados a rendirse, y los franceses, animados por este brillante episodio, hicieron un esfuerzo supremo y obtuvieron una de las más brillantes victorias de las guerras napoleónicas.

Nuestro soberano, coronel del regimiento de caballería inglés que se cubrió de gloria en la carga de Balaklava, tiene en su despacho un hermoso cuadro sobre tal hecho.

LA PATRIA LEJANA

May recogió sobre la mesita las dos tazas de té, medio vacías, un ligero sollozo brotó de su pecho y andando rápidamente sobre sus diminutos pies, salió, al tiempo que dos lágrimas asomaban a sus ojos

¡Sus ojos! Los ojos de May que eran alargados y perfectamente recortados en la porcelana de su cutis, no tenían igual, no en Saigon, sino en toda la Conchinchina.

Por causa de ellos había oído maullidos y más maullidos de sus compatriotas; por causa de ellos había escuchado el donoso y fogoso piropo de los blancos señores; por causa de ellos también y desgraciadamente, había visto parada la atención de aquel joven oficial rubio y delicado y pensativo a quien en todo Saigon miraban furtiva y lastimosamente, con aquella pena con que se mira a quien se sabe irremisiblemente condenado:

¡Y aquellos ojos lloraban!...

Cuando llegó en no se sabía que comisión—y nadie se preocupó de averiguarlo—era un europeo alegre, juerguista, decididor. Siempre dispuesto a la risa con la franca expansión de un carácter noble, siempre pronto a alborotar donde quiera que hubiese camaradas alegres y era en todos los lugares el primero para ofrecer su dinero o su prestación personal, su inconsciente prestación personal, lo que le puso a punto de terminar en duelos o camorras aquello que empezaba siendo un acto moderado de intervención un poco quijotesca.

Pero a poco, su palidez aumentó. Su delgada figura adquiría una vaporosa esbeltez en sus immaculados trajes de hilo. Sus ojos se fueron agrandando en el marco de unas ojeras formadas de sutiles arruguitas y llegó un momento en que la elasticidad de sus músculos jóvenes se trocó en un rítmico y acompasado movimiento en el que el cansancio aparecía único e imperante.

Y su risa pasó a ser una sonrisa que parecía

amargo rictus rojo en el mate de su cara de rasgos que por su delgadez fueron varoniles y recordados.

Ya sus alegres intervenciones cesaron. Una obsequiosa deferencia ocupó el lugar de su valiente decisión y solamente para respetar a la mujer tenía en su cuerpo las flexibles inclinaciones, que si fueron poderosa rendición en otros días, no eran ya más que ténue acatamiento.

La casualidad le puso frente a May y se quedó mirando fijamente, asombradamente, alegremente aquellos ojos claros y grandes que se le ofrecían en toda la ingenuidad de la admiración.

—¿Para qué, May? Es inútil prolongar nuestro sueño de amor. Nada puedo ofrecerte. La vida

que era mi ilusión, me deja. Me ha dejado con la misma implacable terquedad que yo pongo ahora en dejarla a ella y en dejarte a ti. ¿Qué te habré de decir? Si allá, si a la Europa lejana y ya imposible, pudiera transportarme, te llevaría conmigo y te daría el placer de la intensidad, el placer de la vida exterior que es el íntimo sueño de la juventud. ¡Correr, vivir, jugar, moverse!... ¡Sacudir esta monotonía, este cansancio!... ¡Ver calles, casas, movimiento, ruido!... ¡Arrancarme a esta tierra quieta, lánguida, ociosa, en la que sólo tienen arraigo los lotos y en la que la vida se deshace bajo el sol horrendo, bajo el azul aplastante del

cielo, ante la flora desmesurada que parece brotar y crecer a costa de lo que nos es necesario para vivir!... No, May, no puedo, no puede ser. Tú serías allí, como yo aquí, la planta de estufa transplantada en medio del jardín; el primer soplo doblaría tu tallo y te marchitarías callada y tristemente, como yo.

Tus ojos que miran con la serenidad de quien lo tiene todo, morirían con el temor de quien todo lo teme. Tus ojos únicos y excelsos brillarían febriles y se irían poco a poco secando con su fuego interior. Tus ojos que todo lo ignoran con la inconsciencia de quien nada desea, lo sabrían todo por el dolor, lo sabrían todo por tu desgracia y temblarías ante el horror y la crueldad del destino.





Porque la patria lejana, la casa amante de nuestra infancia, las voces amigas al oído, son cosas que cuando las tenemos nos permiten que

las dejemos ignoradas, pero al perderlas tiran de nosotros, tiran, tratando de llevarnos por la fuerza en presencia, para unirnos a la esencia que nunca las abandonó. No puede ser, May, no puede ser. Cuando mañana se comente mi suerte y todos tengan una palabra para mi recuerdo arráncate del pecho la idea de aquello que pudo ser y que no fué porque no pudo. Olvida este sueño, sueño de noche de verano agostadora y febricitante, para que en tus ojos reine de nuevo la serenidad y ni una lágrima traidora pese con su peso horrible en la tranquilidad de tu inocente necesidad de vivir.

Y se puso en pie. Desanudó ella pesadamente los brazos que amorosos rodeaban las piernas del joven y le contempló quieta, asombrada y como se alejaba a través de la terraza, camino de lo que él llamaba su destino y que no era sino su propia decisión.

Después se incorporó mecánicamente y puesta en pie con lentitud, May cogió de sobre la mesita las dos tazas de té medio vacías y mientras un ténue sollozo brotaba de su pecho, salió andando rápidamente al mismo tiempo que dos lá-

grimas rodaban resignadas sobre su cutis de porcelana ligeramente moreno.

LUIS FERNANDEZ-CANCELA

AFORISMOS DE LA GUERRA

La guerra es la ciencia de la destrucción y el arte del terror.

El fin de la guerra es el aniquilamiento del enemigo.

Aterrorizar.

Para aterrorizar, destruir.

Para escapar al terror, despreciar la destrucción, estar presto al sacrificio.

Las tres leyes de la guerra son: la del terror, la de la destrucción y la del sacrificio voluntario.

De estas dos últimas leyes, la primera regula la actividad material del combatiente, y la segunda su conducta moral.

La guerra es obra de pasión extrema y de voluntad implacable; obra de odio y de ferocidad.

Ella quiere que se la haga con un corazón duro, exasperado, sin piedad para sí y para el adversario

El espíritu de sacrificio, por el desprecio a la muerte, crea el valor; pero, sin el espíritu de destrucción, el valor quedará pasivo y estéril y no haría sino mártires. El espíritu de destrucción da valor activo y hace el soldado.

El fin inmediato del combate no es la victoria, sino matar.

En la guerra vencerá la voluntad de exterminio más implacable, la que, olvidada de su propio aniquilamiento, sólo piense en aniquilar al adversario.



EMERARIO entablar lucha con los indios, nos derrotarían».

Leyó una y otra vez el telegrama, juzgólo suficientemente claro y expresivo y volviéndose a Mohamed—que esperaba de pie a su lado, mirando con elocuente insistencia la cajetilla que estaba sobre la mesa—recomendó a Jaime al par que entregaba el borrador del despacho.

—Vé y que salga enseguida, urge; pero no olvides que mi campaña en el país tiene dos objetivos, del éxito de uno de ellos, el que de tí depende, puedes salir ganando más de lo que te figuras.

Y tranquilo, dejando vagar una sonrisa de confianza y optimismo, Jaime Puigpey Borrell, adoptó frente al balcón del hotel, una cómoda postura, siguió atento las volutas azules del Gener, tan desagradable al principio como estimado ahora y dejó correr la imaginación por senderos de fantasía.

Claro que hay cierto contrasentido entre el texto del telegrama, cursado poco antes y su actitud posterior. Pero realmente era la única aceptable por su situación y carácter. ¿Podía él culparse de que el gerente de la casa Rabasa, Cadelús, y Mercadé domiciliada en Cataluña—la primera en España en vidrios, porcelanas, esmaltes y bisutería fina—hubiera tenido tan mal ojo eligiendo este país para la campaña de primavera? ¿Podía él, Jaime Puigpey, el más audaz de los viajeros jóvenes de la casa, hacerse responsable del fracaso de esta primera campaña que le encomendaban en mercado nuevo? De ningún modo. Ningún industrial de buen sentido, ningún comerciante a la moderna, pondría el menor reparo a su intensa labor de los tres últimos días en Tetuán...

Pero los indios, esos indios misteriosos de broncea palidez «una mica sucios, quizás» ejercían demasiada sugestión sobre los compradores. Sabían pedir cantidades fantásticas por sus deliciosas naderías y conformarse con la mitad, el tercio, el cuarto, hasta el décimo de lo solicitado. En tres días de pruebas y adquisiciones caprichosas que habíale atiborrado el baúl, no había logrado formar lo que el llamaba «la tasa comercial» de los artículos similares a los que él pensaba colocar.

Por otra parte, la amplitud de la idea que el ge-

rente su principal quería desarrollar, ofrecía una dificultad insospechada.

No se limitaba a proyectar una invasión del país con la manufactura de casa, era también montar una sucursal de importancia en la capital del protectorado. Era—como había pensado Jaime—«aprovechar la desmedida afición de los moros a tomar el té tan caliente que no todas las manos ni todos los vasos podían aguantar».

Pero el prestigio de la casa Rabasa, Casalus, y Mercadé, no podía limitar el negocio al mezquino asunto de los vasitos para el té, y aquí era donde la competencia de esos indios, tan parlanchines con

el comprador como silenciosos entre sí, tan aptos para aprender a chapurrear idiomas, hacía temer la prosperidad del negocio.

Entre un bazar español de precio fijo y otro indio, lleno de sedas multicolores, de exóticas quimeras de marfil y de aromas raros, donde el comprador de caprichos entra con la esperanza de lograr una ganga, el triunfo será del indio.

Cierto que la guerra europea en todo su auge brutal, por entonces, dificultaba la importación de artículos franceses, pero las compañías británicas que sostenían la mayor parte de los Bazares indios, lograban surtirlos y aun concedían mejoras

DOBLE DERROTA



a sus no muy retribuidos empleados pálidos, acreditando su previsora política...

Así, pues, Jaime Puigpey anunciaba con fundamento, la derrota comercial. No era un alarmista inconsciente, pero el hecho no podía influir en su optimismo para el logro del segundo objetivo de la campaña tetuani.

Guiado por este servicial y campechano Mohamed, había recorrido barrios moros y hebreos, donde la imaginación tan pronto encuentra un bello trampolín para elevarse a regiones de ensueño, como la vulgar perspectiva de atraso y abandono que sumerge en la mayor desilusión.

Claro que Jaime, entregado con exceso al «negosi» desde la pubertad sabía pasar sin mirar lo prosaico de las cosas y tenía una exclamación ligera—comercial diríase mejor—al sorprender un retazo de poesía. «¡Como pintaría esto Rusiñol! ¡Que partido sacaría Guimerá de esto para el teatro!» Con cuya excelente cualidad el distinguido viajante, creía ver y casi sentir con la mirada y espíritu selectos de Rusiñol y Guimerá.

Y así llegó a descubrir algunos rincones de positiva belleza, de suave melancolía, de brujos atractivos. Escuchó canciones nostálgicas en el Ayum; vió cafetines repletos de ceñudos montañeses en días de zoco; descubrió el escaso atractivo de la mayoría de las moras, ajadas por el trabajo y la viruela y apreció por último el encanto de las muchachitas hebreas, tan confiadas, tan interesantes hablando, por mezclar una vaga pronunciación andaluza, a la cadencia ligeramente asturiana.

Tanto le impresionaron las hebreas, que no vaciló en fijar como segundo y particular objetivo de su viaje, la conquista de una.

Cuando allá en 1915, hizo su viaje a Tetuán Jaime Puigpey, el mejor lugar de esparcimiento para la juventud civil y castrense era un café cantante de medianas pretensiones y no mejores realidades, situado en la entrada de un barrio titulado «de la Sueca».

Al cafetín condujo Mohamed al viajante y después de hacerle méritos de las «mujeras» del tablado y de su propia genealogía (era un Ben Lehasen Ben Aomar del otro lado de Carrich donde languidecía entre los suyos, un hermano inútil de resultados de su fe en los ritos «aichaguas») sencillamente: campechanamente, se convidó a una copiosa libación de Montilla, de modo francamente irrespetuoso para el profeta y los suyos todo,

ello para justificar sin duda la indiferencia con que asistía al asedio y mimos que una de las artistas comenzaba a dedicar al viajante.

Pero ni en la primera, ni en sucesivas noches, logró ninguna de las artistas, algo más que una ligera consumación del explorador avanzado de la casa Rabasa, Caselús y Mercader, ya que éste no bien oído el acento o preguntado el lugar del nacimiento, tenía una sonrisa de indiferente displicencia al comprobar que se trataba de españolas.

Es inútil que Mohamed le advirtiese la imposibilidad de lograr una artista hebrea en Tetuán, Jaime contagiado del ambiente bélico, nublado su espíritu de efluvios de Montilla, de tabaco que consumía incansable, engañado por su flojedad y de anhelos que nunca había descubierto en sí por falta de tiempo sin duda, esperaba confiado y sólo quería aceptar como buena, la conquista de una hebrea.

Mohamed un día le propuso, que abordase a una muchachita, «cosa fina verdad» que habiendo llegado formando pareja, con el «Niño de los Palillos», se encontraba abandonada y sin blanca a Vano empeño; ni verla quiso, el terco catalán.

Hasta que ya resuelto el viaje de regreso, con la orden de volver a la ciudad de los condes, vióse Jaime sorprendido en la Plaza de España por Mohamed, que le hacía una ligera seña y rápidamente marchaba hacia la Judería.

Intrigado y curioso, Puigpey, pudo al poco alcanzarle y encontrarse con la sorpresa, de que el moro señalándose con el mayor misterio una casa decíale por lo bajo.

— Allí vive. Al fin tendrás lo que quieres. Es hebrea preciosa. Esta noche irá al café. Espérala ¡Salud!

Linda, con ojos profundamente negros, con una melancólica sonrisa, esa sonrisa y esa mirada de una raza perseguida, con un desmayo en la charla y una palidez algo mate en el rostro aquilino, Mesodi, la ingénua y amable Mesodi, fué contando al asombrado viajante, una historia de miserias, de compromisos familiares, de rebeldía que en su alma había estallado, cuando vió a su futuro llegado de América y lo comparó con él, con Jaime a quien todos los días veía pasar desde la ventana en los paseos románticos por la Judería.

Dos días más tarde embarcaban juntos camino de España, tras de precauciones infinitas y gracias a la ayuda eficaz de Mohamed que en un borricon se llevó a la muchacha camino de Tánger por el Fondak para desespistar, cambiando de rumbo y siguiendo por la falda del Dersa hacia Beni-Salem, poco después de abandonar la Ciudad blanca.

Todo un mundo de ilusión y promesas vió Jaime ante sí, cuando desde la cubierta del Sagunto le pareció tener el Peñón al alcance de la mano que antojósele muralla que defendería su huida no bien lo dejase atrás en el retorcido trayecto de los Andaluces al lado de su parejita. Peñón enhiesto donde colgar por unos días su nido si los ingleses preocupados con los submarinos alemanes no le quitasen toda poesía. Peñón abrigo de Gibraltar donde confluyen en haz los enlaces comerciales de aquellos malditos Bazares indios que habíanle malogrado el primer objetivo de su viaje.

Cierto que Mesodi, la de los ojos negros, sumidos en lejanas nostalgias de raza con su endrina cabellera algo alborotada por la brisa marina, hablábale de la belleza de viajar, del triunfo de querer, de las esperanzas para el futuro, quedamente, en un arrullo interminable y que esto le compensaba con exceso del fracaso comercial.

Nunca vió tan adusto al Gerente como al indicarle su deseo de volver a viajar por Extremadura y León como de ordinario, y salir inmediatamente hacia Madrid.

El fracaso del viaje a Tetuán era de poca importancia para la de la casa que servían y no era suya la culpa, sino del Gerente imaginando campañas sin datos para emprenderlas.

En cambio la oposición a que saliera, hacia las

plazas que de ordinario eran recorridas por él, tenía una trascendencia personal incuestionable.

¿Qué hacía Mesodi en Madrid, donde hubo de dejarla por falta de dinero para llevarla hasta Barcelona y traerla de nuevo ya que confiaba en volver unos días más tarde?

¿Acaso se creería abandonada definitivamente a pesar de las cartas fogosas y diarias de él?

¿Le alcanzaría en su indefensa soledad, la persecución de los de su raza, que ella le había dicho temer con invencible horror.

Y por si fuera poco no pudo lograr que el Pagador, tan amable otras veces, tan insinuante siempre, le facilitase un adelanto con que acudir en busca de su hebrea, sino que por el contrario un poco seco y nervioso le recordó que al salir camino de Tetuán había llevado una cantidad bastante mayor de la justificada a la vuelta en gastos de viajes y propaganda, cuya diferencia le sería descontada particularmente en la próxima salida.

Cuando la contrariedad de tales dificultades, tenía sumido a Jaime en honda preocupación, una carta de letra enrevesada y deplorable ortografía, proyectó un rayo de luz siniestra en sus amarguras.

«Si el Ceñó D. Jaime, el Conquistador, quiere ver a Paquita la de Málaga p'aonde salimos mañana mismo.

Suyo afeztísimo

El «Niño de los Palillos»

Era lo que faltaba, la derrota sentimental—Claro que en esta segunda he sufrido un ataque de frente de los meridionales y una seria amenaza de flanco de los ingleses—Pensó Jaime.

YOSHIWARA



Editorial "Armas y Letras"

Fundada esta Editorial para facilitar a los Jefes y Oficiales del Ejército las obras más interesantes que en España y en el Extranjero puedan producirse, referentes o en relación con la carrera militar, inicia sus publicaciones con la de dos libros interesantísimos, a saber:

LOS CARROS DE COMBATE DE LA INFANTERIA

(MANUAL PRACTICO DEL CARRO RENAULT)

del teniente Goutay del Ejército francés, traducido, adaptado a nuestra organización y prologado por

Vicente Valero de Bernabé

PRECIO: 5 PESETAS

Siendo una novedad en España el carro de combate, este libro debe ser conocido y conservado por todos los Oficiales, pues sintetiza de una manera práctica cuanto se refiere a los fundamentos, mecanismo, funcionamiento y táctica del carro de combate Renault, reglamentario en nuestro ejército.

MANUAL DEL OFICIAL DE INFANTERIA EN CAMPAÑA Y MANIOBRAS

**POR EL TENIENTE CORONEL GARCIA PEREZ
Y EL CAPITAN VALERO DE BERNABE,**

Este libro es una colección de reglas y normas militares, en las que están condensadas todas las que necesita saber un Oficial de Infantería en campaña o maniobras. Formando un pequeño libro, cuyo tamaño permite ser llevado en el bolsillo de la guerrera, colecciona en forma muy interesante y práctica todos cuantos conocimientos interesan al Oficial, referentes a organización de columnas, campamentos, vivaques, atrincheramientos, escuelas prácticas, reglas de tiro, devengos etc., etc.

PRECIO: 4 PESETAS

Los pedidos deben dirigirse al Administrador de la EDITORIAL ARMAS Y LETRAS. — Duque de Osuna, 3. — Apartado 886, acompañando su importe en libranza del Giro Postal.

MANIOBRAS AERO-NAVALES EN NORTEAMERICA



El peligro de la aviación tratan de evitarlo los barcos con una densa nube de humo, que los oculta a la vista de los aviones. En el presente grabado vemos la explosión de una bomba lanzada por el aeroplano sin hacer blanco en el acorazado, que inmediatamente....

FISIOLOGIA DEL AVIADOR LA RESPIRACION EN LAS ALTURAS

La aviación impone al organismo humano una adaptación rápida a condiciones de existencia anormales y variables. Es decir, que reclama de él una flexibilidad funcional que parece importante poder apreciar para realizar una buena selección en las condiciones físicas de los aviadores.

Al efecto, se han buscado los medios de estudiar el organismo en las condiciones lo más próximas posible a las del vuelo en avión y obtener una evaluación de las funciones fisiológicas esenciales.

El aviador en vuelo, se encuentra sometido a influencias anormales diversas, entre ellas la disminución de la presión atmosférica y su corolario, la disminución de la tensión parcial del oxígeno del aire, que juega un papel primordial.

Los datos fisiológicos suministrados por las alturas de las montañas, constituyen ya un punto de apoyo; pero hay factores en las alturas de la tierra que no los hay en el aire y viceversa no dando sino una eficacia relativa.

Adóptase como método, producir artificialmente en recinto cerrado, depresiones y compresiones rápidas o lentas.

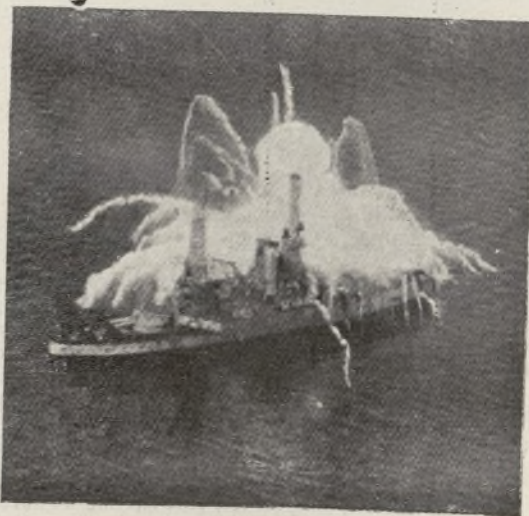
En diversos países se establecieron cámaras de depresión atmosférica para reconocer a los candidatos a aviadores. Sin embargo, como el hombre en ellas no está exactamente como en el aire, se han utilizado también elevaciones en globo, y por último las pruebas se hacen en avión.

Las experiencias fisiológicas a bordo de los aviones ordinarios, suelen ser difíciles y penosas.

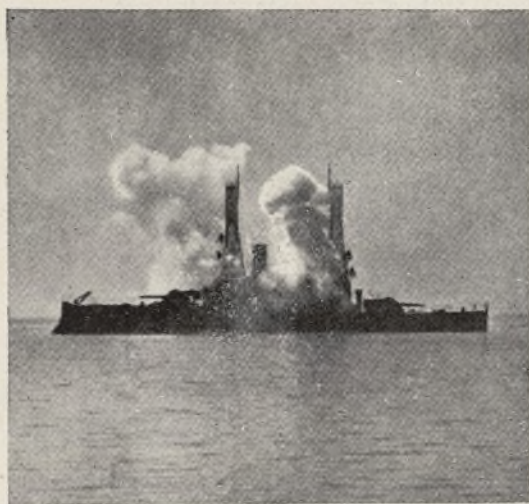
Es delicado de obtener la aplicación de los instrumentos, su protección contra las trepidaciones del motor y contra las corrientes de aire, estando el sujeto y la observación misma expuestos a los movimientos de una ventilación brutal y de un frío intenso.

A fin de poder realizar estas experiencias en condiciones menos precarias, se ha pensado en utilizar el tipo creado de avión cerrado de Sanidad Militar, para conducción de heridos.

Su originalidad consiste en que este avión contiene una cabina cerrada dispuesta para transpor-



se dispone a burlar a su enemigo mientras los cañones antiaéreos repelen la agresión y lanzan bombas fumígenas que lo envuelve en una densa nube de humo.



Una vez tocado el barco, como nos muestra la fotografía, por la explosión de las bombas.

tar dos heridos hechados en camillas en suspensión.

Desembarazado de estos dos estorbos esta cabina era susceptible de constituir un minúsculo laboratorio, perfectamente protegido contra las corrientes de aire, bien iluminado, en el que eventualmente caloríferos eléctricos podían defender del frío a los ocupantes y a los instrumentos.

Provisto de tres asientos: para el experimentador, el ayudante y el sujeto a examinar. Dos tabletas sobre suspensiones elásticas inmovilizadas por acciones antagónicas, dan lugar a poder fijar diversos instrumentos de modo que las trepidaciones del motor no les afecten, cualquiera que sea su marcha.

El técnico y su ayudante trabajan con facilidad en la tablilla delantera, teniendo ante sí un cuadro vertical que lleva un altímetro, un termómetro, un reloj, un cronómetro y el aparato de distribución y de medida de corriente continua de bajo voltaje que surte en caso de necesidad una batería de acumuladores.

La tablilla que ocupa la parte posterior e izquierda de la cabina sirve para contener los instrumentos que no se utilizan en el momento y para cualquier otro uso necesario.

El observado va sentado en la silla de atrás; y si la experiencia es en la posición de acostado, se coloca una de las camillas en el suelo de la cabina.

De este modo, se pueden hacer observaciones delicadas y realizar experiencias precisas. Un polígrafo de Jacquet puede funcionar perfectamente, como también un oscilómetro de Pachon.

El examen clínico habitual permite reconocer la integridad anatómica de los órganos y comprobar si su funcionamiento es el normal en las condiciones de la vida corriente.

Pero lo que importa determinar especialmente en el aviador, es el límite a que será capaz de llegar en buenas condiciones funcionales tal o cual órgano, sin comprometer ni la salud del individuo ni la empresa que se trata de realizar.

A tal efecto, se han puesto en práctica diversos métodos de evaluación funcional de los aparatos de la economía.

Pasar revista a los métodos y a los órganos, sería demasiado para un artículo, por lo cual estimamos más adecuado describir uno sólo, eligiendo entre los más recientes, el estudio del máximo poder respiratorio.

El hombre respira de 16 a 18 veces por minuto, entrando en sus pulmones en cada *inspiración*, unos 500 centímetros cúbicos de aire; saliendo de ellos en la fase siguiente de la respiración, o sea en la *aspiración*, una cantidad de aire sensiblemente igual a la que entró.

Esto, en estado de reposo; cuando no interviene la voluntad en el acto respiratorio; pues podemos cuando queremos aumentar la rapidez así como la cantidad de aire de nuestra respiración.

Podemos hacerlo hasta un cierto límite; tanto la aceleración cuanto la cantidad. O lo que es lo mismo; que podemos hasta cierto punto, hacer



Los aeroplanos a su vez establecen sus cortinas de humo protectoras, mediante el lanzamiento de bombas fumígenas, que los oculta de la puntería de los cañones antiaéreos.

parar por nuestro órgano respiratorio, determinada cantidad de aire en la unidad de tiempo.

Estas consideraciones condujeron al profesor Pech a introducir en fisiología y en clínica una noción nueva, la del *gasto respiratorio*, creando para su estudio la máscara manométrica.

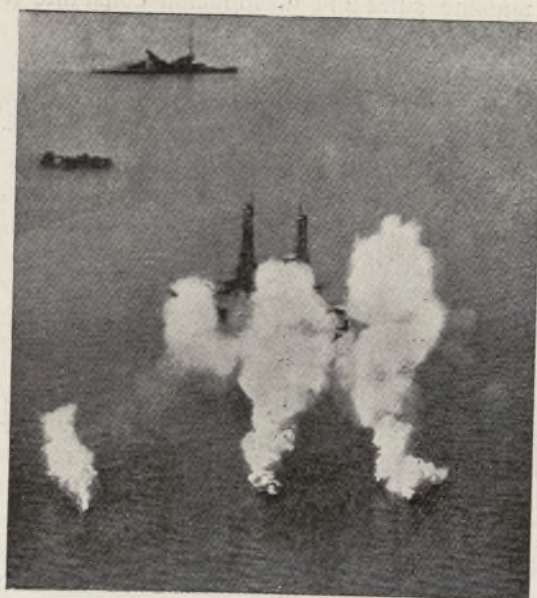
El gasto respiratorio máximo del hombre, es la mayor cantidad de aire empleada en un instante, que puede ser tan corto como de la inspiración a la expiración.

Ese máximo gasto, es directamente proporcional a la potencia de los músculos respiratorios, a la elasticidad del tejido pulmonar y al diámetro de las vías aéreas.

La mascarilla de Pech, es un aparato que mide en cada instante considerado, el gasto de aire en litros por segundo.

Está construída de modo que el sujeto respira a través de un orificio de pared tenue, cuyo diámetro es suficiente para no determinar ninguna molestia. El paso del aire, indica por detrás las variaciones de presión, cuya raíz cuadrada es proporcional al volumen de aire que atraviesa el orificio en cada momento. El tubo que desemboca detrás, está unido a un manómetro lo bastante sensible y bien dispuesto, que traduce las variaciones de presión y evalúa el gasto respiratorio en cada instante. El gasto respiratorio máximo de un individuo en estado fisiológico dado, tiene siempre un valor sensiblemente fijo.

En el adulto normal, viene a ser de cuatro li-

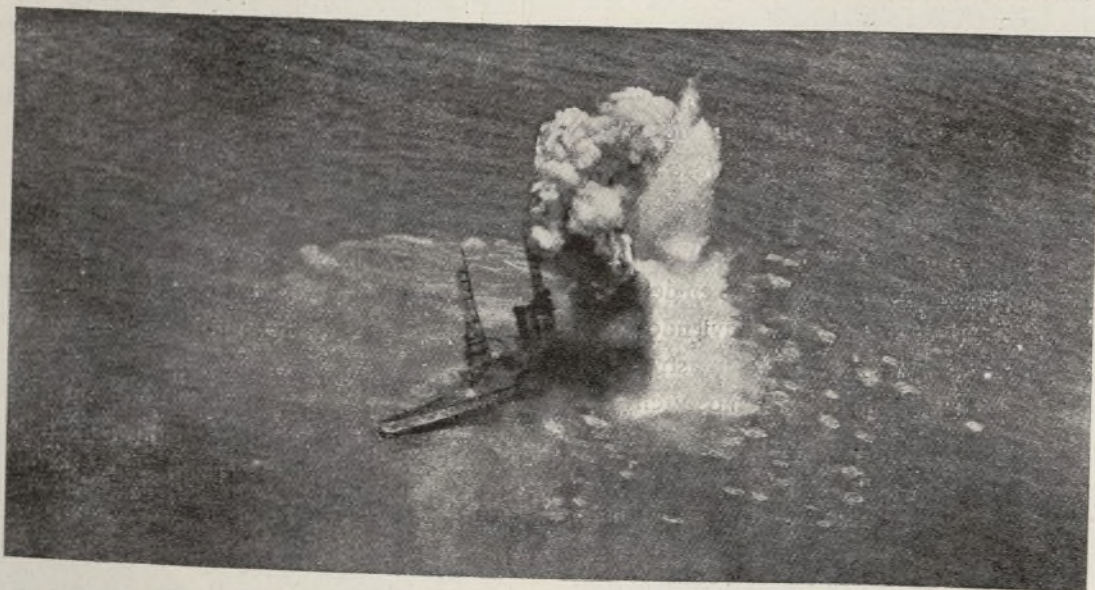


Bombas fumígenas haciendo explosión. En el fondo de la fotografía se vé el casco de un buque de guerra destrozado por los aviones.

tros por segundo. Partiendo de esta normalidad se obtiene la apreciación del órgano respiratorio del hombre, según el valor del gasto máximo en cada uno.

La aeronáutica impone condiciones respiratorias especiales, por lo que es interesante examinar como es el gasto máximo en las alturas.

Las experiencias realizadas demuestran, que



A pesar de las nubes de humo con que los barcos han intentado cubrirse, el aeroplano hace blanco con una bomba de 100 kilos, con la cual produce su destrucción. Momento culminante en el cual vemos el hundimiento del barco producido por un solo proyectil.

ese máximo sufre una disminución constante a medida que se sube.

Para tratar de averiguar la participación que toma en ello la depresión atmosférica pura, se han efectuado medidas del gasto máximo respiratorio en sujetos normales adultos en la cabina de avión Breguet-limonsine con la mascarilla Pech, a presiones de 760 m/m. Hg. a 378 m/m.

Los resultados obtenidos dan una disminución importante ligada a la presión atmosférica, que tiene una influencia marcada en ciertos fenómenos de la respiración.

La máscara Pech es un instrumento sensible y de precisión; en las altitudes conserva un funcionamiento correcto; pero graduado en litros de aire por segundo a O.^o y a la presión de 760 m/m Hg. A 5.000 metros y en presencia de una corriente de 5 litros por segundo, un manómetro indica un gasto máximo de 3 litros y 900 mililitros. Esto es, en un sujeto que junto al suelo de un máximo de 5 litros, a los 5.000 metros señalará 3 l. 900.

En un sujeto cuyo gasto máximo respiratorio constante a las diversas altitudes, las diferencias entre las cifras suceptivas del manómetro expresarán las variaciones de la densidad del aire.

Las variaciones del gasto respiratorio máximo

tomadas durante las depresiones atmosféricas en el curso de un vuelo, son relativamente pequeñas.

El profesor señor Izquierdo, de Méjico, ha medido con el aparato Pech el gasto respiratorio de 200 adultos normales adaptados a la altura de 2.240 metros encontrando que en la mayoría de ellos el máximo, oscilaba entre 3 litros y medio y 4 litros. Atribuyendo a las cifras leídas en el manómetro su verdadera significación, y habida cuenta de que corresponden, sean las que quieran las condiciones de presión barométrica, a los 76° m/m vendremos a convenir en que los habitantes de Méjico presentan un gasto respiratorio máximo, aumentado por adaptación a la altitud de la ciudad y a la disminución de tensión parcial del oxígeno del aire que allí se respira.

Así llegamos a la conclusión de que en un sujeto normal bruscamente transportado a una altitud, la depresión atmosférica no provoca sino débiles variaciones de gasto de respiración máxima representados por una ligera disminución a la vez inspiratoria y expiratoria, que acaso dependa de la disminución de la fuerza muscular. En volumen igual de aire inspirado, lo que varía de modo importante es el peso de aire y de oxígeno introducidos en los pulmones, que es lo que suele originar ciertos trastornos del organismo.

DE OTROS TIEMPOS

Como recuerdo histórico curioso copiamos el siguiente documento del año 1295:

Carta que escribió EL REY DON SANCHO EL BRAVO a DON ALONSO PÉREZ DE GUZMÁN, Alcaide de Tarifa, desde Alcalá de Henares, a 2 de Enero de la era vulgar 1295, correspondiente a la era cristiana de 1333.

Primo Don Alonso Pérez de Guzmán: sabido havemos lo que pornos havedes fecho en defender esa Villa de Tarifa de los moros, haviendoos tenido cercado seis meses e puesto en estrecho, e afincamiento; e principalmente sopimos y en mucho tobimos dar la vuestra sangre, e ofrecer el primogénito fijo por el mi servicio, el de la Patria y el de Dios adelante, e por vuestra honra. En lo uno imitastes al Padre Abraham, que por servir a Dios le daba el su fijo en sacrificio, y en loal que-siste semejar a la buena sangre donde venides, por lo cual mereceis ser llamado, *El Bueno*; e yo

ansi vos llamo e vos ansi vos llamaredes da qui adelante: ca justo es, que el que face la bondad, tenga nombre de Bueno; e nos finque sin galardón de su buen fecho; porque si a los que mal facen les tollen su heredad, e hacienda, a Vos que tan gran enxiemplo de lealtat haveis mostrado, e haveis dado a los mis Caballeros, e a los de todo el Mundo, razon es que con mercedes mias quede memoria de las buenas obras e fazañas Vuestras. E venide vos luego a verme, ca si malo no estubiera, y en tanto afincamiento de mi enfermedad, nadie me tollera, que vos non fuera a socorrer: mas faredes con musco lo que yo non puedo facer con vusco, que es veniros vos luego a mi, porque quiero facer en vos mercedes que sean semejantes a vuestros servicios.

A la Vuestra buena muger nos encomendamos la mia e Yo: e Dios sea con Vusco. De Alcalá de Henares a 2 de Enero, era 1333 años.—EL REY.»



— ALCALÁ DE GUADAIRA —

VIEJOS CASTILLOS DE ESPAÑA



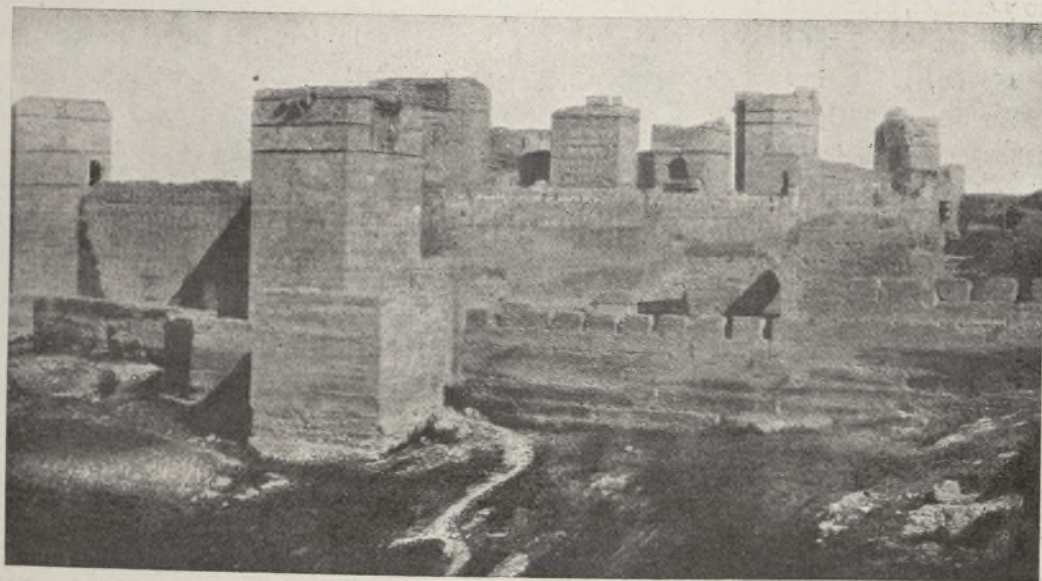
Entre los innumerables monumentos que se conservan en España,

marcha vencedora de las tropas españolas y la ciudad fué tomada

luego de enconada pelea por ambos bandos.

El pendón castellano flameó en las torres del castillo de Alcalá de Guadaira, que en los anales de la historia de los castillos de España es famoso no ya sólo por este glorioso hecho de armas sino porque en él sufrieron prisión el maestre de Alcántara, el Arzobispo D. Juan Cordellaco y D. Pedro.

ña, ungidos de esa majestad que impone el tiempo, figuran los castillos cuyas viejas piedras evocan tantos capítulos de nuestra Historia. Sus largos períodos de lucha, que tuvieron por escenario el suelo de nuestra Patria, fueron dejando estas fortalezas, cuyas ruinas gloriosas son como efemérides de la España militar y romancesca.



En la presente fotografía ofrecemos a nuestros lectores el castillo de Alcalá de Guadaira. Los árabes para defenderse de las tropas españolas que a la sombra de la Cruz y conducidos por Fernando III, les batían bravamente, hicieron de Alcalá de Guadaira una verdadera plaza fuerte, acumulando cuantas máquinas de guerra se conocían entonces y rodeando la ciudad de fosos y murallas. Nada pudo, no obstante, detener la

Girón (Duque de Osuna).

Hoy el viejo castillo de Alcalá de Guadaira aparece carcomido por el tiempo. Però sus piedras, el silencio que lo envuelve, ese algo inmaterial que se desprende de un conjunto, imponen un severo respeto como si por la boca de sus rastrillos, de sus portallones y de sus almenas, saliera el eco de antiguas voces de gesta.



El arte militar de España y los gloriosos Tercios de Flandes

Pocas naciones pueden sentirse tan orgullosas de sus anales militares, como España. Repasando las páginas escritas por el heroísmo de nuestro Ejército, se hallan magníficos florones de alto ejemplo, de profundo significado en donde el valor, el patriotismo y el ideal, se funden y convierten en viva luz de aurora. España, fué quien ofreció al mundo los primeros destellos del renacimiento militar. Las brillantes operaciones que Gonzalo de Córdoba consiguió al frente de



sus tropas atestiguan el acierto con que se aplicaron en el siglo xvi los más sorprendentes recursos de guerra. Singularmente en nuestra campaña de Italia se desarrollaron admirables planes de estrategia, y magníficas concepciones tácticas, que proclamaron la pericia de nuestros capitanes, verdaderos maestros en el arte de guerrear.

Especialmente, nuestra infantería se destaca, se cubre de gloria, efectúa asombrosos hechos de armas y culmina en los famosos «tercios». Bajo el mando de generales tan famosos como Pescara, Leira, Colonna, el duque de Alba y Alejandro Farnesio, el arte de la guerra se encumbra y ocupa el primer puesto militar del mundo. Estos militares inflaman con su arrojo la proverbial valentía de los soldados españoles e infunden una organización adecuada al empleo de las armas de entonces; perfecta distribución de

las tropas de diversas armas, enlace apropiado de unas y otras en el combate y estrecha disciplina. Puntos estos de apoyo sobre los que se levantó la gran epopeya del siglo xvi, en la que también floreció el poderío naval mandado por D. Juan de Austria y el marqués de Santa Cruz.

Los «tercios» constituyeron la suma de perfección en el arte de guerrear y buena prueba de ello son las memorables victorias que alcanzan, las cuales immortalizan el nombre de aquellos

militares hasta el punto de legarlos a la historia con un aroma de leyenda. Nada, en efecto, tan interesante, heroico y glorioso, como el cúmulo de hazañas realizadas por los viejos «tercios» llevados a Flandes por el duque de Alba. En aquel escenario de guerra tan propicio para la defensiva; suelo cenagoso, conquistado pacientemente al

mar, bajo un cielo plomizo y un clima húmedo y helado, afirman su indomable heroísmo Sancho Dávila, Alfonso Ulloa, Sancho de Londoño, Julián Romero, Fernando y Fadrique de Toledo, Cristóbal de Mondragón, Gonzalo de Bracamonte, Francisco Verdugo, Francisco Vargas, Juan Osorio, Francisco Valdés y otros muchos. Allí fué donde el «tercio» adquirió su más noble ejecutoria y la figura de Alejandro Farnesio se agigantó en el memorable sitio de Amberes, que duró catorce meses.





Aquella campaña iniciada contra los protestantes holandeses por el severísimo Felipe II y terminada en el reinado de Felipe IV con el tratado de Westfalia, en que se reconoció la independencia de los Países Bajos. Como el primer hecho culminante de aquella campaña puede considerarse la ejecución pública de los nobles protestantes, condes de Horn y Egmont; y como última victoria para las armas españolas la rendición de la plaza de Breda, conseguida por Spínola y que fué immortalizada por Velázquez en



su famoso cuadro, que se conoce vulgarmente con el nombre de «Las lanzas».

Para comprender el extraordinario valor de aquellos aguerridos soldados, hay que tener en cuenta que peleaban en tierra extraña, contra un enemigo conocedor y aclimatado al húmedo país; y, además, que no recibían ni pagas ni vestuario, lejos de la patria, y no obstante se defendieron con épica bravura, pugnando aquella infantería sin rival por conservar la preponderancia de España. No fueron ellos quienes al fin cayeron ven-

cidos en Flandes, sino el deplorable gobierno de España, que no cuidaba de sus leales servidores y tenía a los valientes soldados del «tercio» mal alimentados y vestidos. Todo ejército necesita una atención cuidadísima. No pueden fiarse sus victorias al heroísmo y a la pericia militar; sino que, además, es menester que le dote de cuantos medios son imprescindibles para el sostenimiento de la moral del soldado, y de sus mayores facilidades para combatir. Así, en los campos de Rocroi y en las Dunas de Dunquerque, nuestros «tercios» hicieron una defensa rayana en el milagro. Perecie-

ron, sí; pero fué cayendo materialmente batidos en brecha por la muerte.

Nuestra Infantería ha logrado universal renombre. Siempre ha sido, en los campos de guerra, la encarnación más representativa del espíritu de la raza española; y su blasón se apuntó el timbre definitivo cuando vencieron a la infantería suiza, considerada entonces como omnímoda señora de los campos de batalla y al terminar los arcabuzeros de nuestros «tercios» con el temido poder de la caballería.

EL DIVORCIO Y LA GUERRA

La guerra, ese mal necesario de la humanidad, influye, transcendentamente, en la sociedad pequeña, en la familia, tejiendo y destejiendo uniones y matrimonios.

El hombre que va a la guerra, debe marchar desligado de afecciones. Hay países, como el habitado por los judíos de Sodz, en la Rusia Meridional, en el que se halla vigente una antigua ley del Talmud, que marca que todo hombre casado que vaya a la guerra, tiene obligación de firmar un contrato de divorcio condicional, para que su mujer pueda casarse, si, concluida la campaña, tarda en regresar a su casa más días de los estipulados.

Todos los soldados judíos de esta región que fueron a la guerra ruso-japonesa, dejaron a sus mujeres el contrato en cuestión, autorizado por el sacerdote rabino, el cual llevaba un registro, en el que hacía constar el nombre, las señas, la estatura y demás detalles particulares del soldado guerrero. Pasado el tiempo convenido, las mujeres respectivas de los que no volvieron, obtuvieron el permiso consiguiente para contraer nuevas nupcias.

Del número de las por segunda vez casadas, no sabemos una palabra.

EL PRIMER "DREADNOUGHT"

En el combate de Trafalgar tomó parte, bajo las órdenes del almirante inglés, un navío denominado «Dreadnought», soberbia obra de la arquitectura naval que provocaba la admiración de los marinos contemporáneos. Tenía tres puentes y estaba dotado, al decir de un historiador, de una actividad fabulosa en el fuego de sus baterías.

Este navío y otros cinco más atacaron rudamente a nuestro «San Juan Nepomuceno», que mandada el glorioso Churruca, y el cual, desarbolado y sin gobierno, sostuvo esta lucha heroica durante cinco horas, mientras alentó su comandante

Como detalle curioso añadiremos que el casco del «San Juan» fué conservado muchos años por los ingleses en la bahía de Gibraltar, con su cámara cerrada, y una lápida sobre la puerta con el nombre de Churruca en letras de oro. Cuando alguna vez se abría esta cámara, para satisfacer la curiosidad de alguna persona de distinción, se advertía entrase en ella descubierto, como si se hallase presente el mismo comandante del navío. Distinción asombrosa, que hace patente el mérito extraordinario que los ingleses reconocían en nuestro héroe.

He aquí, pues, el episodio del primer «Dreadnought» que ha combatido contra España.



Acontecimientos y
: noticias militares :
Novedades, Sucesos
: : Notas de interés
nacionales y extran-
jeras con relación
: a la vida militar ::

MISCELANEA

QUINCENAL

Rogamos a nuestros
compañeros de pro-
vincias nos remitan
las notas salientes
en su localidad, pa-
ra publicarlas en
::: esta sección :::

Otra vez soldados de España han escrito una página gloriosa en la Historia de la raza.

Gemelos de aquellos héroes de Tifaurin son esos treinta y siete hombres que, encerrados en la posición de Kobba Darsa durante once días, escasos de alimentos y de medios de defensa, han resistido el asedio furioso de los moros enemigos, superiores en número, enardecidos

das, realizando proezas inauditas, llevando socorros a la posición en audaces vuelos que han llegado a rozar las alambradas y bombardeando al enemigo con el máximo riesgo. Tres aparatos han caído a las descargas moras y los pilotos los han defendido esforzadamente en un alarde inconcebible de valor y patriotismo. Después de unos días de angustia, acrecidos por las dificultades del escabroso terreno que hacía lento el avance de nuestras tropas, Kobba Darsa vió llegar en una arremetida triunfal a las columnas de socorro. Y lloraron juntos de emoción, de alegría, los bravos que resistieron las penalidades del asedio y los infantes que lograron romper el cerco.

* * *

En el paseo de María Cristina, de Madrid, se celebró la solemne ceremonia de imponer a los supervivientes de los combates de El Caney y Lomas de San Juan los distintivos recientemente concedidos. En dicho paseo se halla el monumento que perpetúa la memoria de aquellos bravos españoles que supieron

morir gloriosamente por la Patria, frente a él se situaron los supervivientes a quienes se les tributó el homenaje y formaron en cuadro los Regimientos del Rey, Saboya, Covadonga y Wad-Rass, Intendencia, Húsares de la Princesa y 1.º Ligero de Artillería. Antes de imponerles la condecoración, el Capitán Ge-



Melilla: El Capitán de Regulares, Sr. Ortega, que murió heroicamente durante un combate en Sidi Mesaud.



Melilla: El teniente del Tercio, señor Lacruz, que resultó herido gravemente en el combate de Sidi Mesaud.

por un afán de revancha. El cerco empezó el 26 de Junio, promovido por la llegada de una harca del Rif y por el levantamiento de la kabila de Beni-Hassan. El teniente Gil de Vergara mandaba en la pequeña posición fuerzas del Serrallo, que con una bravura sin límites, con heroica tenacidad, han estado día y noche resistiendo el acoso de un enemigo exasperado por la bizarra resistencia, y aún la gloriosa guarnición tuvo ímpetus para hacer varias salidas y amparar a los aviadores que, derribados a balazos de los moros, cayeron cerca de los parapetos.

En estos días de epopeya todo nuestro Ejército, con ejemplar espíritu, ha dado gallardas pruebas de heroísmo. La aviación ha sostenido duras jorna-

neral leyó un sentidísimo discurso en el que vibrantemente recordó el heroico acto realiza-



Melilla: El teniente del Tercio, Sr. Lizcano, con los soldados al frente de los cuales asaltó las trincheras enemigas en el combate de Sidi Mesaud, por cuyo hecho se ha pedido le sea concedida la Cruz Laureada.



El capitán de la Benemérita don José Jiménez Nieto, que ha sido condecorado por segunda vez con la Gran Cruz de Beneficencia.

do hace veinticinco años, la defensa que de Caney y Lomas de San Juan hicieron quinientos españoles contra un ejército de más de seis mil enemigos dotados de moderna artillería. Cuando el enemigo, consiguió abatir las débiles trincheras del Caney sólo halló un montón de vainas y más de cuatrocientos cadáveres de heroicos soldados. Elogió la memoria del General Vara de Rey, que mandaba aquel puñado de españoles y terminó dando vivas a España, al Rey, al Ejército y a los héroes del Caney y Lomas de San Juan. Contestó el general Arráiz de la Conderena en nombre de los condecorados, con palabras conmovedoras y pidiendo al Gobierno que los restos mortales de los héroes de aquella epopeya, que están enterrados en el Cementerio de la Almudena sean trasladados a la Real Basílica de Atocha.

La condecoración lleva bordadas la simbólica palma y el laurel, unidos por una inscripción con el nombre y la fecha del combate.

En provincias se verificó actos análogo, e imponiendo la insignia a los supervivientes que allí residen.

* * *

Con motivo del homenaje tributado en Cartagena a la memoria de los héroes de Cavite y de Santiago, el comandante de la fragata argentina «Presidente

Sarmiento», pronunció un brillante discurso en el que palpitó una vez más las cordiales relaciones que nos unen con la nobilísima nación americana.

* * *

El viaje del Presidente del Directorio, general Primo de Rivera, a Marruecos, constituye la más importante actualidad militar. Su viaje es mirado por toda la nación con expectante interés y se espera que produzca una solución definitiva al problema de nuestro protectorado ya que la ocasión es propicia debido al castigo infringido por nuestras tropas a las jarcas rifeñas en



Acto verificado en el paseo de Atocha, de Madrid, para imponer las condecoraciones que le han sido concedidas a los héroes supervivientes del Caney y Lomas de San Juan.

los combates de la cuenca del Lau, las cuales han perdido un



Don Julián Fablet, comandante de la fragata argentina «Presidente Sarmiento», pronunciando un discurso ante el monumento elevado en Cartagena a los héroes de Santiago y Cavite.

número considerable de su hombres.

Como consecuencia de tal caso



Sevilla: El coronel del regimiento de Alfonso XII imponiendo las insignias de la Cruz de Beneficencia al sargento don Cristóbal Jiménez, por los humanitarios servicios prestados en un incendio.

tigo, los de Beni Said, arrepentidos de su proceder, se han presentado al general Serrano, jefe de la columna del Lau, mostrando deseos de que se les perdone y se les permita la vuelta a su cabila. Pero se ha resuelto que tal sumisión no puede admitirse sino con las máximas garantías previa la correspondiente entre



Santiponce (Sevilla): Momento de ser bendecidas las banderas que el pueblo regala a la Benemérita y al Ayuntamiento.

ga de rehenes, así como la condición de que se presenten todos los adueros con sus jefes, entregue cada hombre un fusil o un mulo y soliciten el perdón de Majzén.

Ya es hora de que las cabilas se den cuenta de que España sabe imponer una sacción enérgica a estos levantamientos que perjudican la labor de su protectorado.



HEROES DE LA CAMPAÑA

PAGINA DE HONOR



D. Augusto Gil de Vergara,
jefe de la posición de Kobba
Darsa



D. Francisco Pueyo Aineto, segundo
jefe de la posición de Kobba Darsa

A las numerosas páginas heroicas que nuestro bravo Ejército ha realizado en Marruecos hay que agregar un nuevo nombre: Kobba Darsa. El impetuoso ataque enemigo ha hecho que nuestras tropas se emplearan a fondo e infringieran a las harcas de Abd-el-Krim un duro castigo. El hecho de armas ha constituido un nuevo triunfo, colaborando eficazísimamente todos los elementos que entraron en acción.



D. Cristino Blanco, alférez del Regi-
miento de Ceuta número 60 herido en
Tírgani



D. Adolfo Botín, capitán de Regu-
lares de Caballería de Ceuta, heri-
do en la acción de Kobba Darsa



D. Antonio Martínez Aguado, tenien-
te de Regulares de Ceuta, herido en
la acción de Kobba Darsa



D. Jesús Loma, teniente del Tercio de
Extranjeros, herido en la acción de
Kobba Darsa



D. Antonio Gutiérrez, teniente del
Regimiento de Vizcaya, herido en la
acción de Kobba Darsa



D. Eduardo González, capitán de
Aviación, jefe de escuadrilla, herido
en la acción de Kobba Darsa

El pueblo español que ha seguido interesadísimo el desarrollo de estos combates se ha mostrado satisfecho del resultado. El prestigio de nuestro Ejército se ha mantenido incólume, a pesar de los esfuerzos realizados por los rifeños.

Pero esta dura prueba no ha dejado de ser sangrienta. Muchos soldados, oficiales y jefes han derramado su sangre, cumpliendo así el juramento que hicieron a la Patria... La lista de héroes ha aumentado. El ardiente terreno africano está siendo troquel en el que muchas figuras militares han puesto de manifiesto la legendaria bazarria del Ejército español en tantos combates consagrada. La sombra de nuestros memorables tercios que en Flandes dieron el ejemplo militar más extraordinario, cruza ahora por los campos marroquíes trazando la gesta del Tercio y de los Regulares.

Kobba Darsa ha dado nuevos héroes que agregar al cuadro de honor de nuestros soldados.

Nuestro ejército está dando pruebas irrefutables a los rebeldes rifeños de que España no se abate, como acaso ellos, por un momento de adversidad, creyeron posible conseguir. Nuestra misión en la zona que Europa nos ha legado quedará terminantemente realizada y junto a nuestra labor civilizadora habrá que colgar las coronas de laurel que en sus cintas llevan bordado en oro el nombre de tantos héroes que murieron peleando por España.

* * *

He aquí como relata un corresponsal el momento en que nuestras tropas consiguen romper el cerco enemigo:

«Es precioso el momento. En vez de vadear el río, los legionarios bordean el zig zag por la derecha, mientras la Caballería mora se lanza a la carga y gana las



D. Manuel Carrasco, teniente del Tercio, muerto en Kobba Darsa

estribaciones de la loma que existe antes de la posición y algo a la derecha.

Reunida la gente por Franco—que con su ayudante Reyte avanza con la Legión hacia Kobba Darsa—, manda el asalto y Puig, con sus dos compañías ocupa en breves minutos la citada loma, que puede considerarse la clave de la solución del cerco de Kobba Darsa.

Nos admira Franco por la precisión con que ejecuta las órdenes tan acertadas del general Serrano, quien no oculta su satisfacción, fumando, como siempre, el puro del optimismo.

Un achuchón violento de la mejala montada del teniente coronel Molina, legionarios y Re-

gulares de Ceuta, y mientras en todo el valle es violento el retumbar de las terribles explosiones y el bordear de los motores de las escuadrillas—que están admirables—, vemos un jinete de la mejala ganar la altura y aparecer a la puerta de la posición agitando el tarbush.

¡Ya estamos arriba! Un legionario, con coñac y un cantimplora, salta la alambrada de Kobba Darsa; detrás, Cerujeda, un bravo oficial de los heroicos Regulares de Ceuta... ¡El cerco está roto, y el enemigo, vencido, derrotado, con terribles bajas, se bate en retirada perseguido por nuestras baterías!

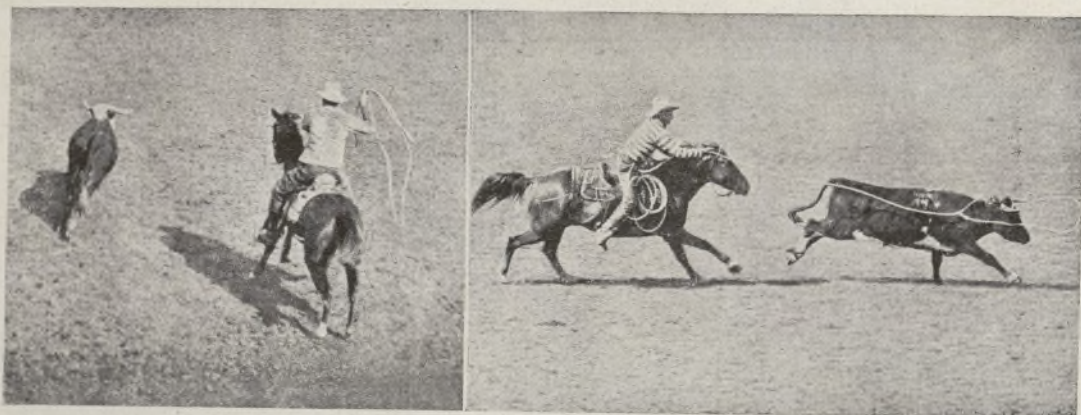
El triunfo es grande, definitivo. No hemos tenido más de un centenar de bajas...

Los que llegan a Kobba Darsa abrazan y besan a la guarnición heroica, que, no obstante las penalidades que la sometió el asedio, estar heridos diez y seis de sus hombres y tener mulos muertos dentro de la posición, supieron defenderse once días, con un tesón y un espíritu de sacrificio que fué estímulo para las gloriosas tropas que han obtenido esta victoria.



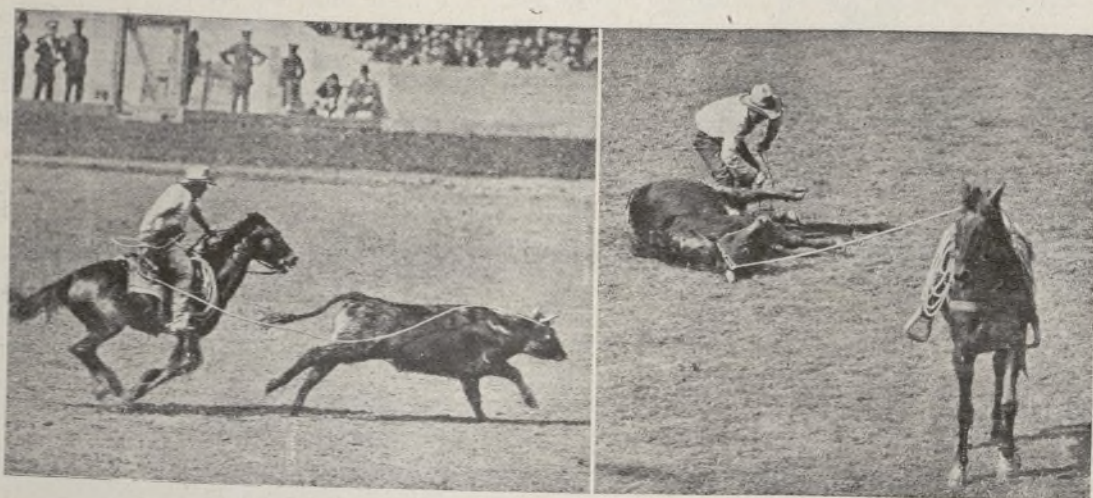
Escuadrón de Regulares de Ceuta, que con su ya legendaria bazarria han combatido toda la semana última, logrando, en unión de las bravas fuerzas del Tercio y peninsulares, romper el cerco de Kobba Darsa.

LOS "CENTAUROS" DE LAS LLANURAS DEL FART-WEST



Con motivo de la exposición Colonial inglesa en Wembley, se han realizado arriesgados ejercicios por los más audaces caballistas de las llanuras del Far-West. El acoso y derribo de reses ha sido la nota culminante del «rodeo» reproducido en esta página en sus principales momentos. En la primera fotografía vemos que el cow-boy persigue al toro al galope de su caballo y hace girar su lazo, cuyo nudo corredizo al ser lanzado, ha de engancharse en los cuernos de la res.

Una de las más sensacionales atracciones de la Exposición imperial de Wembley, es actualmente, el campeonato de «cow-boys» que ha atraído a diario un público entusiasta y apasionado. Han llegado de distintos sitios, alrededor de doscientos que practican deportes con el ganado mayor de Australia, del Canadá, de los Estados Unidos y Nueva Zelanda. Es la primera vez que van a mostrar sus méritos en un torneo internacional; les ha de servir éste para el fomento y emulación en esta clase de deportes. Entre ellos figuran también algunos «cow-girls», mujeres, que se dedican, en plena pradera, a esos juegos de peligrosa acrobacia. En el gran estadio de Wembley, detácanse sobre el verde césped, los brillantes colores, amarillo, anaranjado y rojo de los trajes pintorescos. El campeonato ofrece multitud de pruebas y experiencias. La doma de los caballos salvajes es el más clásico: el «broncho» es conducido a un sitio a propósito para verificar la prueba; un hombre se lanza desde lo alto sobre la bestia y ésta corre a lo largo de la pista, causando estupefacción el ver que el jinete se mantiene pegado al animal,



Una vez enganchada la cuerda el cow-boy, se dirige a toda velocidad de su caballo en dirección lateral, y la cuerda se tiende bruscamente haciendo caer a la res sobre la arena, en donde el cow-boy con increíble prontitud ata las patas del toro.

mal, a pesar de las contorsiones frenéticas que hace; en fin, a un silbido, otro «cow-boy» se lanza montado en su caballo, éste ya obediente, y se pone a compás con el galope del de su camarada, a quien le levanta por el talle. Una variedad de este ejercicio es sustituir al caballo salvaje por un toro.

Pero el espectáculo más impresionante es, sin duda, la captura de un toro a lazo.

Se emplean diversos métodos. El que se muestra en las fotografías, en sus distintas fases es el siguiente: el hombre lanzado a gran galope en persecución del toro, hace girar el lazo cuyo nudo corredizo viene a hacer envolver los cuernos del animal. Como éste lleva en la huida el sentido lateral, al engancharle el lazo, se tiende brutalmente la cuerda, y el toro, por la sacudida, cae a tierra y es arrastrado en el suelo. En este momento el «cow-boy», con una prodigiosa

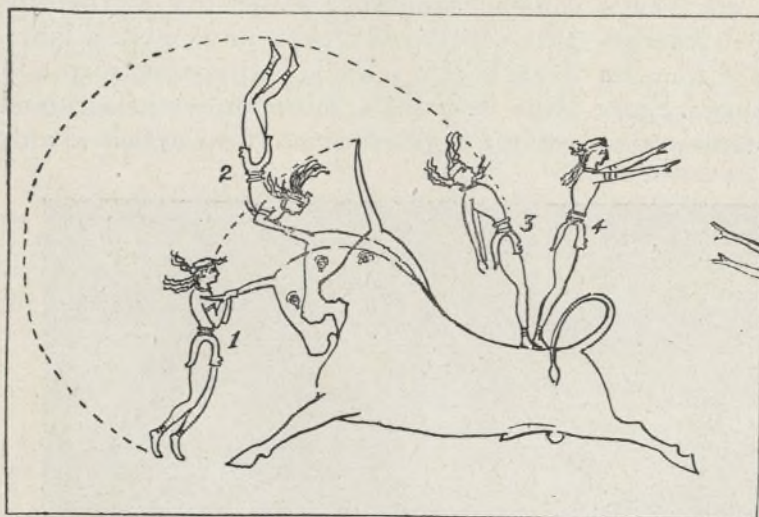


Notable bronce de 1 600 años antes de J. C. representando un saltador de eses, precursores de los modernos cow-boys.

el cazador, no transcurren a veces, más que una treintena de segundos. Otros operan sin lazo: en el momento que galopando llegan a la altura del toro, se dejan caer sobre él desde la altura de su silla y se agarran a sus cuernos; el animal se debilita bajo el peso, sus patas flaquean y entonces el «cow-boy», haciéndole volver la cabeza lateralmente, le hace caer y le inmoviliza sobre el suelo.

Uno de los espectadores más asíduos de estas proezas, es el príncipe de Gales, que, en su mansión del Carnadá, ha vivido la vida del «rancho» y saboreado estos juegos deportivos.

Nada tan curioso e interesante como la reproducción de esa figura de bronce y su explicación gráfica de los precursores de los «cow-boys» de hace 3.500 años. Lo arriesgado del ejercicio nos



«Gráfico de las distintas fases representativas de como saltaban los cow-boys» de hace 3.500 años.

viene a demostrar como en tan lejana sociedad se cuidaban de exteriorizar y fomentar la destreza de estos deportes cuyo secreto a arrojado el mar con esa maravillosa cultura.

La república más pequeña : : del mundo : :

La gran guerra que ha hundido a tantas naciones y producido la descomposición de Rusia y la desaparición de Austria Ungría, ha respetado la más pequeña república de Europa, y, a la vez la más antigua: San Marino, un minúsculo Estado que ha quedado como un anacronismo medioeval en medio de la Italia moderna.

La república de San Marino, con sus 61 kilómetros cuadrados de superficie, es más pequeña todavía que la de Andorra, cuyo territorio se extiende a 452 kilómetros. En cambio, San Marino cuenta con más de 10.000 habitantes mientras que Andorra no pasa apenas de 5.000.

San Marino está colocada sobre una roca, algunos kilómetros, al Sur, de la villa de Rimini.

Sus habitantes afirman que el pequeño Estado ha sido fundado por un santo ermitaño llamado Marino que se instaló en la famosa roca con sus compañeros de oración y meditaciones. En esta época indeterminada, hacia el IX siglo, se cree que los verdaderos propietarios de la colina quisieron echar a Marino de su retiro. Pero les afligió una misteriosa enfermedad, de la que no se curaron hasta no haber hecho donación de la colina al ermitaño y sus compañeros.

Entonces, San Marino prosperó. La pequeña república logró mantenerse aparte de las guerras intestinas que, durante siglos, lanzaron, unos contra otros, a los pequeños Es-

tados Italianos, como Florencia contra Sienna, Génova contra Venecia, etc.

En 1739, sin embargo, San Marino corrió un gran peligro: el cardenal Alberoni, habiéndose apoderado de la villa, proclamó su anexión a los Estados del Papa. Pero los aldeanos que no habían perdido su valor, recibieron al cardenal con clamores de indignación, al reunir éste en la iglesia, para prestar juramento, a los notables de la villa.

Alberoni como respuesta hizo detener a los más revoltosos y entregó la villa al saqueo. Luis XV, al saber esto, intervino en favor de la pequeña república, la que después de tres meses de esclavitud, recobró su independencia.

En 1797, Bonaparte, en el curso de la campaña de Italia, al saber la existencia de tan pequeño Estado, quiso dar muestra de su magnanimidad y ofreció agrandar su territorio. Las gentes de San Marino, sabiamente, declinaron este ofrecimiento peligroso, rehusándolo con excusas respetuosas de agradecimiento. No se ofendió Bonaparte por ello, y para dar muestras de consideración, les eximió de todas las cargas y contribuciones de guerra.

En 1849, estuvo otra vez en peligro la república: el general Garibaldi y sus soldados, perseguidos de cerca, por los austriacos se refugiaron en San Marino.

Sus naturales temiendo atraer la animosidad de Austria, se declararon neutrales y suplicaron a Garibaldi evacuase su territorio. El célebre patriota se negó.



Los jefes de la república, se ofrecieron a servir de mediadores. Pero las condiciones ofrecidas por los austriacos, para pactar una tregua, fueron tan duras que Garibaldi las rechazó y logró con sus hombres escaparse en dirección a Venecia.

Todavía se muestra en San Marino la carta escrita por el gran patriota, que dide así:

«República romana. Mando de la primera legión italiana

San Marino, 31 julio 1894.

Ciudadanos representantes de la República; las condiciones austriacas transmitidas por vosotros, no son aceptables; vamos, pues, a evacuar vuestro territorio.—José Garibaldi.»

En 1870, cuando fué proclamada la unidad de Italia bajo el mando de Víctor-Manuel, San Marino logró todavía librar su independencia.

Por el instante, San Marino constituye una de las curiosidades de Italia.

Para penetrar en él, es preciso atravesar una ribera que muchos geógrafos comparan con el famoso Rubicón. El río está atravesado por un viejo puente, en uno de cuyos lados se ven esculpidas sus armas papales. En el otro están grabadas tres letras: R. S. M. (República de San Marino).

Se penetra en la villa por una puerta que se abre en la espesa muralla, con un coronamiento impresionante.

La villa misma, construída sobre una colina, está surcada, de callejuelas de rápidas pendientes, en las que flaquean pintorescas casas, que datan, en su mayor parte, de muchos siglos. Muchas de estas callejuelas están compuestas de sencillas escalinatas.

En la plaza principal se ve el palacio del Gobierno, una alta construcción de ladrillos grises, la cual tiene a uno de sus lados un precipicio cortado a pico. Desde sus ventanas se goza de un pintoresco panorama. En el interior se encuentra la Cámara del Consejo, vasta pieza de aspecto severo. En uno de sus muros existe un fresco con la figura de San Marino, el fundador de la República, coronado por ángeles.

El trono de los dos capitanes-regentes se encuentra delante de este cuadro. Está ornado de estandartes y a los lados están los sillones para los miembros del Consejo.

Ocupa una sala vecina la biblioteca o museo, que tiene cerca de 11.000 volúmenes, la mayor parte sin catalogar y algunos cuadros de valor.

De cara al palacio del Gobierno, al otro lado de la gran plaza se encuentra la Casa de Correos.

La Catedral, situada no lejos de allí, es una iglesia de estilo compuesto sin gran originalidad. Encierra en sus muros la estatua de San Marino y su busto en bronce dorado que se dice, contiene sus reliquias.

Además de otros monumentos es preciso mencionar los tres pequeños castillos que se ven con las armas de la República. Dos de ellos no son más que ruinas. El otro, un poco mejor conservado, sirve ahora de prisión.

El ejército de la República se compone de 120 miembros, de los cuales muchos son oficiales superiores.

La constitución del gobierno de San Marino, es curiosa. El Estado está dirigido por dos capitanes-regentes, elegidos dos veces al año, en abril y octubre, por el Consejo de Notables, los cuales no pueden ser reelegidos hasta tres años después del término de su mandato. Uno de ellos es escogido entre los nobles, el otro de entre el pueblo.

Hasta 1906 el Consejo de Notables o de los 60 se componía de 20 nobles, 20 ciudadanos y 20 aldeanos, y se renovaba a medida que las vacantes se producían por el fallecimiento de sus miembros.

En 1906, el 25 de marzo, el *Arrigo Generale* es decir, la *Asamblea de todos los padres de familia* estando reunida, decidió por 702 votos contra 80 que el Consejo fuera en adelante sometido a la elección en las ocho divisiones de la república sin distinción entre nobles y burgueses, y los cargos renovables cada tres años.

Después recibió el nombre de *Gran Consejo General de la República de San Marino*. Es el que vota las leyes y en su favor hay que notar el haber rehusado, hace algunos años, los ofrecimientos magníficos de un industrial que quería establecer el juego en San Marino, lo mismo que está establecido en Mónaco. Los habitantes de la república hubiesen sido eximidos de todo impuesto.

Hasta hace pocos años la república de San Marino vendía o confería títulos de nobleza.

En su sesión de 11 julio de 1907, el Gran Consejo decretó que a partir de esa fecha no se concediera ningún título nobiliario y, a fin de prevenir todo fraude, hizo publicar una lista oficial de todos los títulos de nobleza expedidos desde 1860. Comprendía dos duques, cuatro marqueses, ocho condes, un vizconde y nueve varones.

Las únicas distinciones que todavía se otorgan son las de la «Orden de San Marino» pero adjudicadas con mucha restricción.



PAGINAS HUMORISTICAS

LA ENVIDIA DEL REGIMIENTO

En el cuarto de estandartes de cierto Regimiento de Caballería se hallaban aquella tarde reunidos el capitán «de día», los oficiales de semana y el de guardia. Este último era un alférez de la Escala de Reserva, llamado a morir en la «alferecía», por la pícara circunstancia de ocupar el último número en el escalafón de los de su clase.

Los bravos hijos de Marte allí congregados, en cumplimiento de sus sagrados deberes castrenses, hablaron de todo lo divino y lo humano. Rindiendo el debido culto al eterno femenino, hicieron sabrosos comentarios de las apetitosas, al par que opulentas plasticidades de la chica del veinte, de la extrema delgadez de la del doce, y dedicaron picarescos chistes a la reconocida prodigalidad amorosa de la del siete...

Luego se consultó el Escalafón del Arma, calculando *grosso modo* cuándo ascendería cada uno de los presentes. Después se habló de los jefes, y, naturalmente, se habló mal, porque decir pesates del que manda es el mayor placer que existe incluso el de la venganza. Con tal motivo salió a escena la gastralgia vitalicia que el coronel contrajo en Filipinas siendo capitán, y se habló también de la costumbre de «correr la espuela» a todo subordinado, con razón o sin ella. También se murmuró un tanto del teniente coronel un solterón empedernido y recalcitrante, que, a pesar de asomarse descaradamente a los cincuenta, era enamorado como un apoderado de clases pasivas, especie de Cupido al ochenta por ciento con retención.

Y por último, agotados todos los temas, la conversación derivó hacia el ganado.

—¡Qué caballo tan bonito el del comandante Rebolledo!—dijo el oficial de semana del cuarto escuadrón.

—Es una verdadera alhaja—asintió el capitán «de día». Es un ejemplar de pura raza árabe; pero para caballo, el del padre capellán.

—¡Eso es un caballo!—exclamaron todos, poseídos del mayor entusiasmo.

—Es de lo mejor que yo he visto—añadió el capitán «de día». ¡Cómo bracea! ¡Con qué elegancia trota!

—¿De dónde habrá sacado tal caballo ese demonio de cura?—preguntó el oficial de guardia.

—Vaya usted a saber—le contestó el del primer escuadrón—. Lo que sí sé es que el coronel, que, como sabemos todos, presume de gran caballista, ha llegado a ofrecerle seis mil pesetas por el caballo; pero el cura le ha contestado negativamente.

—Y el coronel, ¿qué ha dicho?

—El coronel, tomándolo como un acto de insubordinación, montó en cólera y movilizó la fraseología que usa cuando se le recrudece la gastralgia; y el pobre cura, asustado, salió de estampía, tapándose los oídos y haciendo la señal de la Cruz.

—Compadezcamos al padre cura, por que ya sabemos cómo las gasta el coronel, y, además, como buen baturro, es la terquedad hecha carne con tratamiento de Vuestra Señoría, y, además,

cuando se le mete una cosa en la cabeza..., ¡capicúa!

—La verdad es que el caballo, además de valer las seis mil pesetas, es digno de un coronel con mando.

—Como que el tal caballo es la envidia del Regimiento.

—Pues el caballo del cura—insistió el capitán «de día»—será para el coronel.

—Lo dudo—apuntó uno de los oficiales.

—El tiempo se encargará de confirmar mi afirmación.

—Media docena de botellas de champaña a que no—dijo el oficial del tercer escuadrón.

—Apostadas—afirmó el capitán.

Era domingo. Era una mañana netamente madrileña y netamente primaveral. La opulenta arboleda, que es gala y orgullo de uno de los más lindos paseos de Europa, lucía el traje abrileño, entre cuyas verdes hojas revoloteaban los ariscos gorriones y alguno que otro ruiseñor, familiarizado con el persistente estruendo de la urbe. El cielo lucía su azul espléndido, y un sol, que no se parecía a ningún otro sol; tibio y acariciador, sumaba al encanto de la mañana el suave tono de sus vivificantes destellos.

Se celebraba una interesante festividad militar; y a presenciarla y a morirse de gusto ante el garbo y la insuperable marcialidad de nuestros soldaditos, tan galantes en la paz cuanto fieros en la guerra, había acudido el buen pueblo, ese pueblo sano que invade las calles y se precipita a los balcones apenas escucha los primeros acordes de una marcha militar.

Al pie de un monumento erigido en memoria de un glorioso estadista español se alzaba un artístico altar, en cuyo fondo, y bajo dosel, fulgía la imagen de la Inmaculada, y adornado con trofeos militares.

A la hora designada ocupaban sus puestos las tropas de la guarnición. Dando frente al altar se situó la Infantería, en columna de secciones; a la derecha, la Caballería y a la izquierda, la Artillería. El elemento civil ocupaba los andenes del paseo, y las eminencias, inmediatas al lugar de la fiesta.

Al frente del Regimiento de Caballería de que antes nos hemos ocupado se hallaba su bizarro coronel, no sólo orgulloso y satisfecho de ocupar puesto tan preeminente, sino porque montaba el caballo del padre capellán, que había pasado a ser de su propiedad.



La predicción del capitán «de día» se había cumplido. El Coronel había satisfecho su antojo. ¿Y cómo no? En la milicia el que es más, puede más, sabe más, manda más, y además, tiene el mejor caballo.

Al sonar las once, la corneta de órdenes del mando, dilató un agudo y prolongado punto de atención. Se hizo el silencio y los soldados quedaron en posición de firmes, tiesos, rígidos, como petrificados. Comenzó la misa, y durante el ofertorio una banda militar situada en las inmediaciones del ara ejecutó con suma maestría una fantasía sobre motivos de *La Favorita*. Al llegar el solemne momento de la consagración, vibró de nuevo la corneta del mando. Las tropas rindieron sus armas, se abatieron las banderas, y las músicas entonaron los severos acordes de la *Marcha Real*.

Terminada la sublime rememoración del cruento drama del Calvario, las tropas recobraron su primitiva posición, y la música inició los primeros compases de un conocido vals, el famoso *Vals de las olas*, importado a estas latitudes por la banda mejicana que vino a Madrid con motivo de las fiestas del descubrimiento de las Américas, celebradas con relativa pompa.

En aquel momento ocurrió un hecho verdaderamente extraordinario, que produjo estupefacción general por lo raro e insólito. El caballo del coronel, apenas escuchó los primeros compases

de aquella famosa pieza musical, se alzó súbitamente sobre las extremidades abdominales y comenzó a bailar gentilmente, siguiendo el acompasado ritmo de la música. Lo grotesco de la escena, atendiendo a la solemnidad del acto que se celebraba, y algunas impertinentes carcajadas que partieron de los grupos del elemento civil, excitaron de tal modo al coronel, que, rojo de ira y echando llamaradas de fuego por los ojos, clavó despiadadamente las hirientes espuelas en los brillantes ijares del caballo hasta hacer brotar la sangre, al mismo tiempo que soltaba toda la rienda. Pero aquellos enérgicos recursos del jinete resultaron totalmente inútiles: el caballo, sin dolerse al castigo, seguía bailando cada vez con más entusiasmo.

Como la escena se prolongaba demasiado, con mengua de la grandeza del acto y del prestigio

del coronel, una voz anónima, al par que salvadora, gritó imperiosamente:

—¡Alto la música!

El director de la banda musical dió un enérgico batutazo sobre su atril; calló la música, y ¡oh milagro!, en aquel preciso instante el caballo suspendió la danza y tornó a su posición natural.

Algunas horas más tarde se puso en claro lo ocurrido, cuyo origen no pudo ser más sencillo e inocente. El caballo del padre capellán, ya de la propiedad del coronel, estaba educado a la alta escuela, y había formado parte de una Compañía ecuestre, y todas las noches, montado por una gentil y sugestiva amazona, «hacía su número» al compás de las notas del famoso vals francés.

MANUEL SORIANO

PARA PASAR EL RATO

Vió un niño de ocho años venir al paraje en que estaba un ladrón conocido, y temiendo que le quitase lo poco que traía, se puso a llorar sobre un pozo.

Preguntóle aquel mal hombre que tenía, a lo que respondió el muchacho:

—Se me ha caído un cántaro de plata en esta cisterna, y no se cómo sacarlê.

Codicioso el bandido, se arrojó a tomar la prenda, registró el agua, y no encontrando la alhaja, salió hallándose sin la capa, el cántaro, ni el niño, y corrido de la injuria.

Enterado un gallego de la rapidez con que trabajaba el telégrafo, y la prontitud que este proporcionaba a la comunicación, determinó mandar a un hermano suyo que tenía sirviendo en el ejército, un par de zapatos que aquél le pedía con urgencia.

Al efecto se trasladó al campo, ató con mucho cuidado en uno de los alambres del telégrafo el par de zapatos que mandaba, y después, aproximando la cara al alambre, dijo:

—Para mi hermano, en Madrid.

Hecha esta operación, volvió a su casa y refirió muy ufano a su esposa el medio que acababa de emplear para la remesa de los zapatos.

A los pocos días pensó que acaso su hermano agradecido le correspondería en alguna cosa; pero no faltó quien pasando por la vía viese los zapatos nuevos y se aprovechase de este encuentro para cambiar los suyos, que eran viejos y malos.

Llega el gallego, y viendo que en cambio de los nuevos había otros estropeados, exclamó:

—Mira el tuno de mi hermano, me envía los viejos para que se los componga.

Un día de feria estaba un gitano a la puerta de su casa limpiando y aderezando con mucha habilidad una especie de caballo esqueleto o armadura de huesos que pensaba vender aquella tarde, como uno de los mejores y más lozanos que se pudieran presentar.

Pasó un hombre gracioso por la calle, y acercándose al gitano, le dijo:

—Diga usted, compare, ¿se puede saber dónde es el baile?

—¿Qué baile? dijo el gitano sorprendido de la pregunta.

—¡Hombre, como está usted tan de mañana limpiando el arpa!

—¡Hombre! ¿Dónde vas con esa pistola en la mano?

—Déjame, que le voy a matar.

—¿A quién?

—A aquel señor que pasa por allí.

—Pero ¿por qué?

—Porque es el hombre que más daño me ha hecho.

—Pues ¿qué te ha hecho?

—Darne dinero para que pudiera casarme.



Cartas de un soldado

Querido amigo: manque seas tóo lo listo que tú y yo nos feguramos, no endivinas aonde estoy y que

te escribo dende aquí: no se por que has de creer que voy a estar siempre en el pueblo ¿es que no salen otros ridiez? pos lo mismo puo yo salir, lo menos t'has figurao qu'a mi no me dan billete en el tren; como a cualquier otro ¡pasmao! aquí, en diciendo aonde quies ir y soltando las perras que te igan ¡ya está! te llevan u te dejan a la metá del camino, pero el billetico te lo dan güeno; es un decir, porque aluego te lo piden y si no lo das, t'arman una trifurca, llaman a la guardia civil y ties que pagar, como si fuérais dos amigos y uno que pagaste endenantes, total, que pagais tres y solo va uno; es como si te convidaran y pagaras tú ¿ma comprendes?

—Mi agüelico, que tié mucha gracia, ice que too eso son pámplinas de los tiempos estos que el llama de fontos—cuando yo era como tú—me cuenta a lo mejor: si tenia qu'ir a algún puesto, pos, con aparejar la burra y montame en ella, dimpués d'echar un tiento a las alforjas, pa ver como iban, viaje arreglao: salía cuando quería y llegaba...—cuando la burra quería—le igo yo pa escuchalo —¡no señor! cuando yo quería—¡menudava vara solía llevar!—¿y no se le murió a V. nunca *el tren* en el camino?—cá; ya sabía ella que si lo hacía l'a hubiá estozolao a estacazos... no era tan tonta, no.

Pos, como te ícia; aluego que compramos el cartoncico qu'hace falta pa que te lleven, subimos a una sala mu grande, con muchos bancos de madera, unos encima de otros y unos ventanucos esmirriaos: yo no sabía si entrar u no, porque, en el suelo, en las paredes, en unas tablicas, encima de los bancos y por toos los puestos había alforjas, cestas y la mar de lios manque eran pocas las mujeres qu'iban.

Aun armaron la primer gritería cuando yo escomencé a querer colocar las cuatro cosicas que llevaba, que eran, total: las alforjas, con comía y bebía pa la semana qu'iba a estar fuera; un lio con la ropica de los domingos y las alpargatas; una caja que me dió el boticario pa un amigo suyo; un roscadero con alberges pa una tía del maestro y el perro del alcalde que me dió el veterinario pa que vea si allí le quitan la sarna.

Me hición incomodar tanto toas aquellas gentucas que tuve que iciles, a pesar de que ya sabes lo callao que soy cuando no tengo ganas de hablar, que no alborotaran pues si ellos no hubían llenao el cuarto con tantos enredos, yo hubiera ponío bien los cuatro trastejos que llevaba; gracias a que un señor gordo, con muchos galones en la gorra mos encerró, no me tuve que marchar.

Arrancó aquello y no quias saber: escomenzaron a caese cosas por toas partes y yo, dimpués de pisar al chuchó y a un gallo que me dió una picotada en el pie, me caí encima de dos mañas mu apañas que me hicieron una miajica de puesto ¡los hay con suertel... ¡se estaba más bien allí!... hasta se me perdió el roscadero y la caja y el lio y el chuchó se fué aonde quiso y las alforjas se cayeron al suelo—no s'apure—me dijeron—ya parecerá too—¡que m'había yo d'apurarl!... como no fuera por no saber a cuala mirar y apretujar... me puse en un término medio, de modo que me apretujasen las dos y... ¡ya vivirl!

Pero hay que ver lo que son las mujeres: apenas nos habíamos colao, se para el tren y van y se bajan las dos y me queo allí mu ancho, mu ancho: ¿has visto tú algo pior que fiarse d'una o de dos mujeres? pa consolame, dimpués de pisar a seis u siete, m'asomé a un ventanuco pa velas ¡que majas eran! cuando echamos a correr, las dije adios con el pañuelo de la cabeza.

Cuidao qu'eres, maño, como Dios t'ha hecho: con el rato que llevo iciendote cosas nuevas y entoavía no se te ha ocurrio preguntar aonde estoy; te juego dos perras gordas de cacahuets y torraos, a que no lo aciertas... ¿ves?... has perdido... eres túpido de verdad... en Madrid, hombre, en Madrid ¿que qué se m'ha pérdio aquí? entoavía na: si acabo de llegar ¡redielal! pero ya perderé, ya, ten pasencia que aquí, como ícen que s'encuentran muchas cosas, pos, igo yo que también se perderán ¿cómo van a encontralas si no?

No seas pelma, que yo voy a icite a lo que he venío: pos mira, cosas de la familia: que ice mi padre qu'el campo ya no da lo que daba, que te dejas los reaños trabajando y aluego, too son miajicas lo que cojes y entre lo que ties que dar y lo que te quitan, no llega a dos u tres lo que te quedas y en esto vino al pueblo el catalán que trae tóo pa las tiendas del pueblo y escomenzó si el chico era listo u no y dijo el padre—ala, lléveselo, qu'le ayude: si sirve, trato hecho; si no, me lo güelve V. a mandar y ya veremos lo que s'hace d'el, ¿t'has enterao, ya? por eso soy, uno que viaja y poreso le ícen viajante y como grita mi amo en toos los puestos, *mosaltres portem de tot lo que vullga vosté* ¿no lo entiendes? pos quiere icir eso, que cando vayamos por ahí, pués pedir lo que quieras: con no date más que lo que tengamos, despachao; ya le pués icir al furriel, que voy a aprender su lengua parejo qu'el; este gachó, cuando nadie le oye, no sabe hablar mas que en catalán.

Güeno: no tengo ganas d'escribir *mes*: ya sé que quieres que te iga lo qu'es Madrid; ten pacencia; ¿no ves qu'es mu grande y entoavía no he visto más que tres u cuatro plazas y la mar de gente que t'arrepumjan y no

dejan ver? ya te iré iciendo lo que vea y lo que no, tu amigo que lo es, manque esté aquí—Perico.

Querido amigo Pedrote; si qu'estais bien por ahí con eso de que si tién que mandar los liberalotes u los que no lo son u los otros; mía que si aluego resulta que denguno hace falta: por supuesto ¿no crees tú qu'eso podrian arreglalo las mujerucas? si tuvian drento de la cocota lo que icen que se debe tener... pero, ya verás ¿t'apuestas a que en toos los puestos votan al más granuja? acuerdate que la Basilisa. cuando festejaba con Nemesio, el día que la dijo el señor Cura qu'era un granujón, le contestó—tié V. razón mosén, pero tié más gracia qu'un rosicler.

Creo yo lo más mejor, que los d'un lao y los d'otro s'ajuntaran pa hacer ca uno lo que pudiese [reconcho]l zva a resultar qu'es mu difícil hacer cosas güenas qu'aprovechen a too el mundo? ¿pa eso icimos qu'e'l hombre tié más comprenencia que los animales? vamos que si resultara que los animalucos se gobiernan más bien... ya me dirás como quea too eso y a ver si lo arreglais antes de que vaya yo ¿eh?

¿Quiés que te cuente algo de por aquí? pos mira, tendré qu'inventalo, porque, pasar, no por toos los caminos pués hacelo, asina, sin cuidao: m'acuerdo yo agora, sin querer de lo que lei en unos cuentos que me regalaron cuando iba a la escuela y me daban premios.

Decía el librico, qu'una vez, allá mu lejos, había, ca si juntos, dos pueblos que siempre andaban a morrás: el uno, que tenía, carros y coches y trenes y aperos de labrar, s'había empeñado en qu'el otro tuviera tamién too aquello y en cuanto podía, arreaba pa las tierras del vecino con toos los cacharros; el vecino, que no quería monsergas, soltaba los perros y acababan por liarse a mamporros, el uno por tonto y el otro, por no ser listo.

Un día, el tonto, tuvo un rato de listeza y pensando que too se podía hacer a las güenas, fué y soltó un pa jarraco mu grande al que puso en el cuello unos pape- licos amarraos con un hilo mu flojo; cuando iba e'l aguilucho por el aire se cayeron los papeles y los de l pueblo que no querían ser listos, los arrecogieron viendo que en ellos, los vecinos, les habían escrito una carta.

No seais tozudos—les decían—si musotros queremos entrar en vuestra tierra, es pa enseñaros como hacemos pa coger muchas cosas de la tierra y aluego, hacer otras y llevalas aprisa a toos los puestos; sus dejaremos los carros y os pondremos trenes y vereis que a gusto se va; no creais que no podreis subir con las chilabas, ni que haremos daño en las casas aonde teneis los santos; no, esas cosas son mu sagrás y no las tocaremos; vosotros sembrais, sus diremos lo que teneis qu'hacer y aluego, vosotros recogereis la cosecha.

¿Te páece a tú qu'era malo lo que les proponian? pos dieron mus y ni siquiera dijeron naa y claro, el alcalde qu'envió el mandao, como ícia que saliera el otro a las

lindes del pueblo pa charrar del asunto, pos se queó sin saber qu'hacer: les estaria bien empleao que por tozudos nos metiéramos allí y, a este quiero y a este no, órdago a mamporros y d'una vez, u nos metemos u no nos dejan metenos.

Más mejor—decían algunos al álcalde—dejalos ¿que no quien bollos? que se queden con el pan duro y negro y amonós aonde no nos puan hacer daño; allí, a los amigos, les damos too lo que quieran y ya vendrán los otros; ya, a que les digamos que en el puesto que pasaron el invierno pasen el verano.

¿No crees tú, maño, que too eso que te he contaó que pasó mu lejos y hace mucho tiempo, se paece bastante a lo que está pasando aquí? icen que va a venir el Presidente del Diretorio, a ver dende muy cerca lo qu'hay qu'hacer pa qu'esto se arremate; al sabelo, nos hemos ponío toos mu contentos... asina s'hacen las cosas [repañol... asin, viéndolo, no le engañarán y como tie mucha vista y ha visto d'aquí mesmamente mucho, en dos jeribeques, arreglao y no hay qu'hablar más

Está, pero que mu bien pensao too eso, porque si güelven los paísanucos y escomenzamos otra vez, con qui si p'adrento o pa fuera, y que no incomodalos y dejales, manque nos apredeen, sería mal nigosio; esto, hay que dáselo arreglao a los que sean, pa que no tengan que tocalo; lo mesmo si vienen los del mosen que los del maestro, como quedrán arreglalo dende ahí y ca día d'una manera, andaremos de cocota y no conviene, que pué cargarse de sangre y tapársele la vista

Se me olvidaba icite qu'hemos ponío casetas de esas de hierro en los montes en que se ponían los tios pacos y asin, podremos ir d'un puesto a otro, como quien va al juego de pelota, tranquilos, sin miedo a que te den un pelotazo antes de llegar.

Me paece a mi qu'agora va de veras lo de arreglase esto pa una temporá larga; más lo sabreis ahí qu'aquí ¿no? pero como sois tan callaos ¿es que teneis miedo de que sus entren moscas en la boca?

Pa moscas, las que tenemos aquí en el campamento.. paece mentira que se puan matar hombres y las moscas ná; las condenás ¿qu'hace calor? se quean, pa no enfriase; ¿qu'hace levante? pa que no se las lleve el aire te se meten en la tienda y en el café y en too lo que comes; ¿que viene el viento de poniente? como no es cosa de que s'enfrién, a la tienda y asina vas, quieras que no, viviendo con ellas ¿que alevantas el campamento y fe vas a otro lao? unas van delante y otras con tú; total, que seguís juntos y tan campantes.

¿No te cuento bastantes cosas? pos me páece a mí que pa no pasar na, no se pue icir más de lo que te digo; no seas ansioso y aguarda, qu'otra vez te diré menos aun y... no seas tonto, cuando le una pedrá en la cocota a un amigo, no li preguntes como está; ¿pa qué? si t'escribe, es que no se ha morio aún ¿verdá? asina es: vive y lo es tu amigo.—Juanico.

Por la transcripción:

FERNANDO ALTOLAGUIRRE

EL TESORO

Eça de Queiroz es el Anatole France portugués. De sus deliciosos cuentos elegimos al presente como una muestra admirable de su literatura

I



Los tres hermanos de Medranos, Ruy, Guannes y Rostabal, eran entonces en todo el reino de Asturias los hidalgos más hambrientos y los más remendados. En el palacio de Medranos, al cual el viento de la sierra había arrancado las tejas, pasaban las tardes de ese invierno, helados en sus capotes de piel de camello, batiendo las suelas rotas sobre las losas de la cocina, delante del vasto fogón negro, donde desde mucho tiempo antes no precipitaba lumbre ni hervía la olla de hierro... Al oscurecer devoraban una corteza de pan negro, untado con ajo. Después, sin candela, al través del patio, iban a dormir al muladar, para aprovechar el calor de tres yeguas sarnosas que, hambrientas, como ellos, roían las vigas del pesebre. Y la miseria había hecho a esos señores más bravíos que lobos.

En la primavera, en una silenciosa mañana de domingo, andando los tres por el matorral de Roquelanes, espiando residuos de caza y cogiendo hongos entre los robles, mientras las tres yeguas pastaban la hierba nueva de abril, los hermanos de Medranos encontraron, por detrás de una enramada de esinares, en una cueva de roca, un viejo cofre de hierro. Como si lo resguardase una torre fuerte, conservaba sus tres llaves en sus tres cerraduras. Sobre la tapa había un distico en caracteres árabes, indescifrable a través de la herrumbre. ¡Y dentro hasta los bordes, estaba lleno de doblones de oro!...

En el terror y en el esplendor de la emoción, los señores quedaron más lívidos que cirios. Después, sumergiendo furiosamente las manos en el oro, estallaron a reír, en una risa de tan enorme ímpetu, que las hojas tiernas de los olmos, en derredor, temblaban... Y de nuevo retrocedieron, bruscamente se miraron a la cara, con los ojos llameantes, en una desconfianza tan desabrida, que Guannes y Rostabal palpaban en los cinturones los puños de las facas grandes...

Entonces Ruy, que era gordo y rubio y el más astuto, levantó los brazos como un

árbitro y comenzó por decir que el tesoro —viniese de Dios o del demonio— pertenecía a los tres, y entre ellos se repartiría rigurosamente, pesándose el oro en balanzas. Pero ¿cómo podrían cargar para Medranos, para las cimas de la sierra, aquel cofre tan lleno? Ni convenía que saliesen del matorral con su tesoro antes de cerrar la obscuridad. Por eso él entendía que el hermano Guannes, como más ligero, debía trotar hacia la villa vecina de Retortillo, llevando ya oro en la bolsa y comprar tres alforjas de cuero, tres maquilas de cebada, tres empanadas de carne y tres botellas de vino. Vino y carne eran para ellos, que no comían desde la víspera; la cebada era para las yeguas. Y así repuestos, señores y cabalgaduras, guardarían el oro en las alforjas y subirían para Medranos bajo la seguridad de la noche sin luna.

—¡Bien tramado!—gritó Rostabal, hombre más alto que un pino, de larga guedeja y con una barba que le caía desde los ojos, estriados de sangre, hasta la hebilla del cinturón.

Pero Guannes no se apartaba del cofre, encogido, desconfiado, restregando entre los dedos la piel negra de su pescuezo de grulla. Por fin, bruscamente, dijo:

—¡Hermanos! El cofre tiene tres llaves... ¡Yo quiero cerrar mi cerradura y llevar mi llave!

—¡También yo quiero la mía, mil rayos!—rugió en seguida Rostabal.

Ruy sonrió. ¡Ciertamente, ciertamente! A cada dueño del oro correspondía una de las llaves que lo guardaban. Y cada uno en silencio, agachado delante del cofre, cerró su cerradura con fuerza. Inmediatamente Guannes, desarrugado el entrecejo, saltó en la yegua y se entró por las veredas de olmos, camino de Retortillo, lanzando a la enramada su canción acostumbrada y doliente:

*¡Olé, olé!
Sale la cruz de la iglesia
vestida de negro luto...*

II

En el claro del bosque, en frente de las zarzas que encubrían el tesoro (y que los tres habían desbrozado a cuchilladas) un hilo de agua, brotando entre las rocas, caía sobre una vasta losa excavada, donde hacía como un estanque claro y quieto antes de fluir hacia las hierbas altas... Y al lado, a la sombra de un haya, yacía un viejo pilar de granito, caído y musgoso. Allí vinieron a sentarse Ruy y Rostabal, con sus tres



mendos espadones entre las rodillas. Las dos yeguas esquilaban la buena yerba, salpicada de amapolas y botones de oro. Por la enramada andaba un mirlo silbando... Un olor errante de violetas endulzaba el aire luminoso. Y Rostabal, mirando al sol, bostezaba de hambre.

Entonces Ruy, que se había quitado el sombrero y le alisaba las viejas plumas rojas, comenzó a meditar en su habla prudente y mansa, que Guannes aquella mañana no había querido bajar con ellos al matorral de Roquelanes. ¡Y así era la suerte ruin! Pues que si Guannes se hubiera quedado en Medranos, sólo ellos dos hubieran descubierto el cofre y sólo entre ellos dos se dividiría el oro. ¡Gran penal! Tanto más cuanto que la parte de Guannes sería pronto disipada con rufianes, a los dados, por las tabernas.

—¡Ah, Rostabal, Rostabal! Si Guannes hubiera encontrado este oro, paseando por aquí solito, no dividiría con nosotros, Rostabal.

El otro rezongó sordamente y con furor, dando un tirón a las barbas negras.

—¡No, con mil rayos! Guannes es avaro... Cuando el año pasado, ¿no te acuerdas?, ganó los cien ducados al aspadero de Fresno, no me quiso prestar tres para comprar un jubón nuevo.

—¿Ves, tú?—gritó Ruy, palideciendo.

Ambos se habían levantado del pilar de granito, como impulsados por la misma idea que los deslumbraba. Y a través de sus largas zancadas, las hierba altas silbaban.

—¿Y para qué?—prosiguió Ruy.—¿Para qué le sirve todo el oro que se nos lleva? ¿No le oyes de noche cómo tose? Alrededor de la paja en que duerme, todo el suelo está negro de la sangre que escupe. No dura ni hasta las otras nieves, Rostabal. Pero para entonces habrá disipado los buenos doblones que debían ser nuestros, para levantar nuestra casa, y para que tú tuvieses jinetes, y armas, y trajes nobles, y tu tercio de solarengos, como compete a quien es, como tú, el mayor de los Medranos...

—¡Pues que muera, y muera hoy!—clamó Rostabal.

—¿Quieres?

Vivamente, Ruy había agarrado el brazo del hermano y apuntaba para la vereda de olmos por donde Guannes se había marchado cantando.

—Allá adelante, al fin de las mieses, hay un sitio bueno entre las zarzas. Y has de ser tú, Rostabal, que eres el más fuerte y el más diestro... Un golpe de punta por las espaldas. Y es justicia de Dios que seas tú quien lo des, que muchas veces en las tabernas, sin pudor, te trataba Guannes de cerdo y de torpe, porque no sabes las letras ni los números.

¡Malvado!...

—¡Ven!...

Echaron a andar. Ambos se emboscaron por detrás de unas zarzas que dominaban el atajo, estrecho y pedregoso como un lecho de torrente. Rostabal, escondido tras de la valla, tenía ya la espada desnuda... Un viento ligero estremeció en la cuesta las hojas de los álamos... Sintieron el

repicar suave de las campanas de Retortillo. Ruy, acariciándose la barba, calculaba la hora por el sol, que ya se inclinaba hacia las sierras. Una bandada de cuervos pasó sobre ellos graznando. Y Rostabal, que les había seguido el vuelo, comenzó de nuevo a bostezar con hambre, pensando en las empanadas y en el vino que el otro traía en las alforjas...

¡Por fin!... ¡Alerta!... Se oía en la vereda la canción doliente y ronca, lanzada a los ramajes:

¡Olé, olé!

*Sale la cruz de la iglesia,
vestida de negro luto...*

Ruy murmuró: «¡El golpe en la cadera! ¡Apenas pases!...» El casco de la yegua removió los guijarros; una pluma en un sombrero enrojeció sobre la punta de las zarzas...

Rostabal salió de entre las zarzas por una brecha, sacó el brazo y la larga espada; y toda la lámina se embebió blandamente en la cadera de Guannes, cuando al rumor éste se había levantado en la silla, bruscamente. Con un sordo golpe cayó de lado sobre las piedras... Ya Ruy se abalanzaba a los frenos de la yegua.

Rostabal, cayendo sobre Guannes, que daba las boqueadas, de nuevo le hundió la espada —agarrada por la hoja— como un puñal—en el pecho y en la garganta.

—¡La llave!—gritó Ruy.

Y arrancada la llave del cofre al pecho del muerto, ambos corrieron por la vereda: Rostabal delante, huyendo, con la pluma del sombrero quebrada y terciada, la espada aún desnuda, apretada bajo el brazo, todo encogido, estremecido con el sabor de sangre, que le abrasaba la boca. Detrás Ruy, tirando desesperadamente de los frenos de la yegua, que con las patas clavadas en el suelo pedregoso, apretando la larga dentadura amarilla, no quería dejar a su amo, así estirado, abandonado a lo largo de las sebes.

Tuvo que pincharle las ancas escuálidas con la punta de la espada, y corriendo sobre ella, con la espada en lo alto, como si persiguiese a un moro, desembocó en el claro del bosque, donde el sol ya no doraba las hojas. Rostabal había arrojado a la hierba el sombrero y la espada; y de bruces sobre la losa, excavada en forma de estanque, con las mangas arremangadas, se lavaba ruidosamente las barbas y el rostro.

La yegua, quieta, empezó de nuevo a pastar, cargada con las alforjas nuevas que Guannes había comprado en Retortillo. De la más ancha, abarrotada, salían dos cuellos de garrafas... Entonces Ruy sacó una enorme faca, lentamente, de la cintura... Sin un rumor en la hierba espesa, deslizóse hasta Rostabal, que se restregaba, con las largas barbas pingándole agua... Y serenamente, como si clavase una estaca en un macizo de arbustos, enterró la hoja toda en el ancho dorso doblado, yendo certera al corazón... Rostabal cayó sobre el estanque, sin un gemido, con la cara y los largos cabellos fluctuando en el agua. Su vieja escarcela de oro había quedado aplastada bajo

la cadera. Para sacar de dentro la tercera llave del cofre, Ruy levantó el cuerpo; y una sangre más espesa chorreó y corrió al borde del estanque...

III

¡Ahora eran de él, solamente de él, las tres llaves del cofre!... Y Ruy, estirando los brazos, respiró deliciosamente... Apenas cayese la noche, con el oro metido en las alforjas, guiando la hilera de yeguas por los senderos de la sierra, subiría a Medranos y enterraría en las bodegas su tesoro... Y cuando allí, en la fuente, y más allá, frente a las zarzas, sólo quedasen, bajo las nieves de diciembre, algunos huesos sin nombre, sería el magnífico señor de Medranos, y en la capilla nueva del solar resucitado, mandaría decir ricas misas por sus dos hermanos muertos... ¡Muertos! ¿Cómo?... Como deben morir los de Medranos: peleando contra el moro...

Abrió las tres cerraduras, palpó un puñado de doblones, que hizo resonar sobre las piedras. ¡Qué puro oro, de finos quilates! ¡Y era suyo!... Después fué a examinar la capacidad de las alforjas; y encontrando las dos garrafas de vino y un gordo capón asado, sintió un hambre inmensa. Desde la víspera sólo había comido una cola de pescado seco. ¡Y cuánto tiempo hacía que no probaba el capón!... ¡Con qué delicia se sentó en la hierba, con las piernas abiertas y entre ellas el ave rubia, que olía bien, y el vino del color del ámbar! ¡Ah, Guannes había sido buen mayordomo! ¡Ni de las aceitunas se había olvidado! Pero ¿por qué había traído para tres comensales sólo dos garrafas? Rasgó un ala del capón; devoraba a grandes dentelladas...

La tarde descendía, pensativa y dulce, con nubes de color de rosa. Más allá, en la vereda, una bandada de cuervos graznaba. Las yeguas, hartas, dormitaban con el hocico colgante. Y la fuente cantaba, lavando al otro muerto... Ruy puso a la luz la botella de vino... Con aquel color añejo y cálido, no habría costado menos de tres maravedíes. Y poniendo el cuello de la botella en la boca, bebió en sorbos lentos, que le hacían ondular el pescuezo velludo... ¡Oh vino bendito, que tan pronto calentaba la sangre!...

Tiró la botella vacía y destapó otra. Pero, como era astuto, no bebió, porque la jornada hasta la sierra, con el tesoro, exigía acierto y firmeza. Apoyado en el codo, tendido, descansando, pensaba en el palacio de Medranos, cubierto de teja nueva, en las altas llamas del fogón en noches de

nieve y en su lecho con brocados donde había siempre mujeres...

De repente, atacado de una ansiedad, turpida por cargar las alforjas... Ya entre los trocos se hacía más densa la sombra... Empujó una de las yeguas junto al cofre; levantó la tapadera cogió un puñado de oro... Pero vaciló soltando los doblones, que resonaron en el suelo, y luego las dos manos afligidas al pecho. ¿Qué es esto, don Ruy?... ¡Rayos del cielo!... ¡Era un fuego, un fuego vivo, que se le había encendido dentro y subía hasta la garganta... Ya había rasgado el jubón y quería dar unos pasos inciertos... Con la lengua colgante, jadeando, limpiábase gruesas gotas de un sudor horrendo que le helaba como la nieve. ¡Oh, Virgen Madre!... Otra vez el fuego, más fuerte, que lo incendiaba... Entonces gritó:

—¡Socorro!... ¡Alguien! ¡Guannes!... ¡Rostabal!...

Sus brazos torcidos batían en el aire desesperadamente. Y la llama dentro aumentaba y sentía los huesos estallar como las vigas de una casa incendiada... Rodó hasta la fuente para apagar aquel hoguera, y tropezó con el cadáver de Rostabal; y con la rodilla clavada en el muerto, arañando la roca, buscaba entre horribles alaridos, un hilo de agua que recibiera sobre los ojos y por los cabellos... Pero el agua le quemaba más como si fuese un metal derretido... Retrocedió, cayó encima de la hierba, que arrancaba a puñados y que mordía, mordiendo a la vez los dedos para chupar frescura... Aún se levantó con una baba espesa corriendo por las barbas; y de repente

abriendo pavorosamente los ojos, gritó como comprendiese al fin la traición en todo su horror.

—¡Es veneno!...

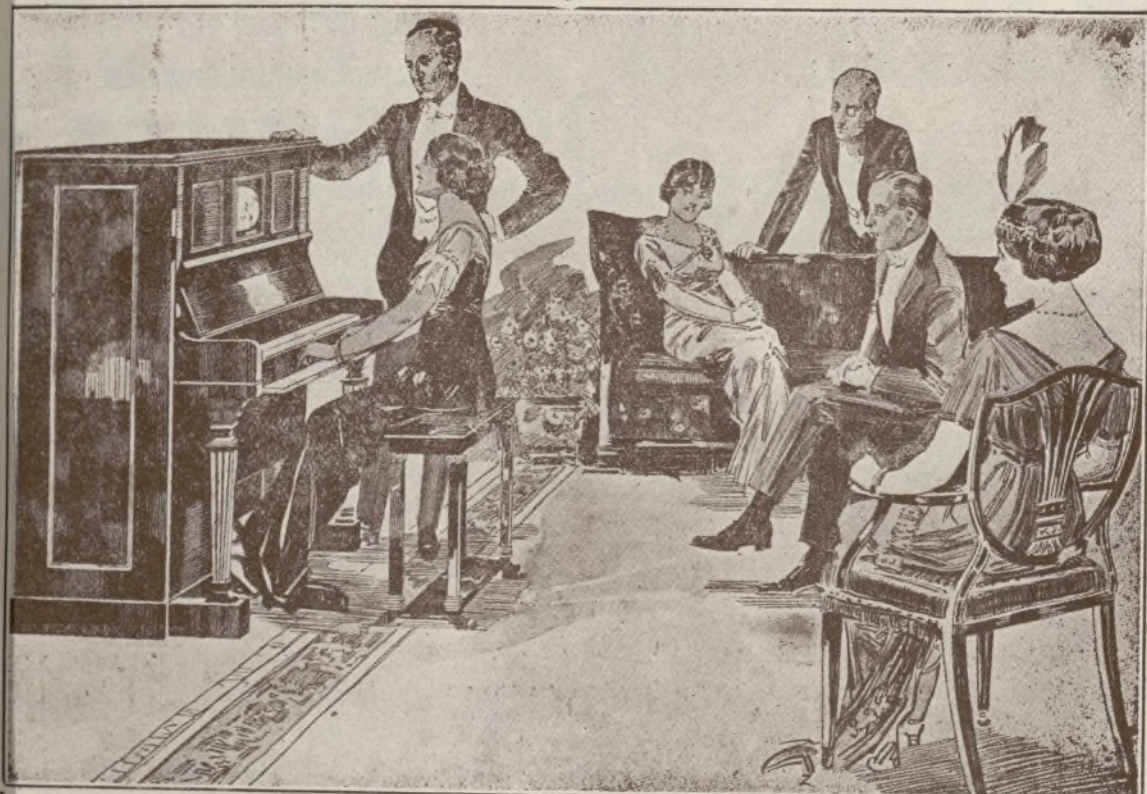
¡Oh, don Ruy, el astuto, era veneno!... Porque Guannes, apenas había llegado a Retortillo, antes de comprar las alforjas, corrió cantando una callejuela, detrás de la catedral, a comprar al viejo droguero judío el veneno que, mezclando con el vino, le haría a él solamente dueño de todo el tesoro...

Anocheció. Dos cuervos, entre la bandada que graznaba más allá de las zarzas, ya se habían posado sobre el cuerpo de Guannes. La fuente cantando, lavaba al otro muerto. Medio enterrado en la hierba negra, toda la cara de Ruy se había puesto negra...

Una estrellita tremulecía en el cielo...

El tesoro aún está allí, en el matorral de Retortillo...





El "Pianola-Piano"

es el único instrumento autopianístico que ha merecido los elogios de todos

LOS GRANDES MUSICOS CONTEMPORANEOS

EL "PIANOLA-PIANO"

es el adoptado por el Vaticano, SS. MM. los Reyes de España, de Inglaterra, de Italia,
de Bélgica, de Suecia..... y por las más prestigiosas

INSTITUCIONES MUSICALES DE TODOS LOS PAISES

y es, a la vez, el de mayor garantía y el más barato

VENTAS AL CONTADO Y A PLAZOS

THE ÆOLIAN COMPANY

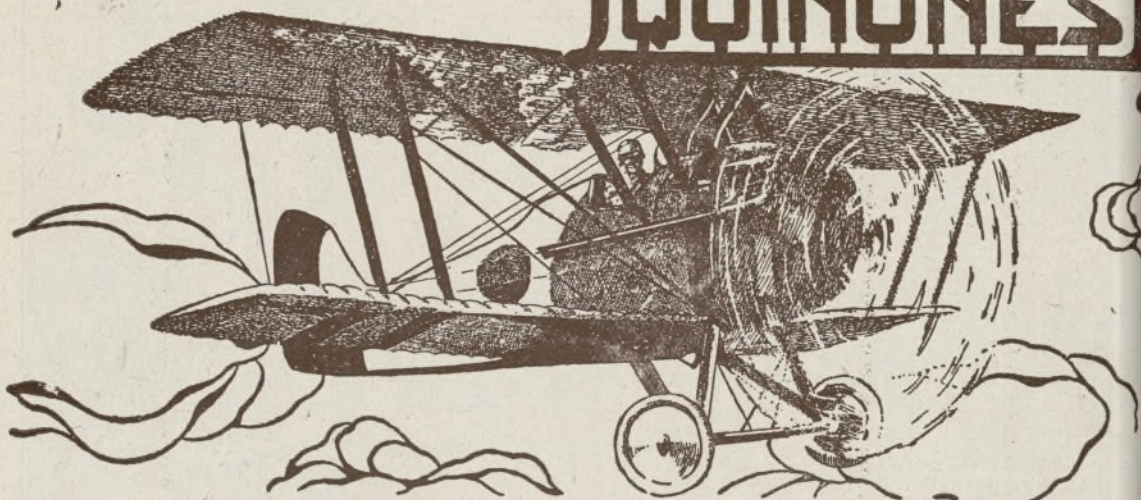
S. A. E.

AVENIDA CONDE PEÑALVER, 24

MADRID

Ayuntamiento de Madrid

SANTIAGO SANCHEZ QUINONES



ACCESORIOS

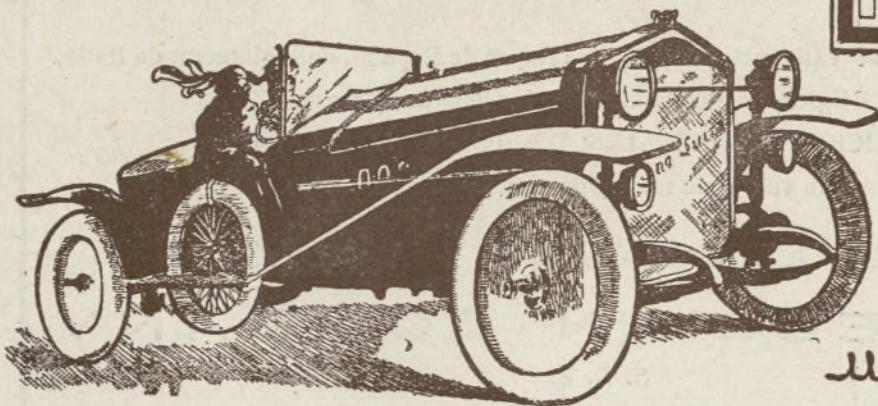
para Automóviles, Globos y Aeroplanos

PROVEEDORES DE LA AERONÁUTICA MILITAR DE ESPAÑA

Motores NAPIER para aviación.—Cables de goma.—Tensores.—Tubos de acero.—Cuerdas de piano.—Cables de alta.—Cojinetes de bolas.—Hélices. Neumáticos.—Ruedas metálicas.—Telas para globos.—Trajes eléctricos para aviadores.—Tornillería de acero.—Aceites y grasas OLEOSOL, etc.

TELÉFONO J-1342
ALBERTO AGUILERA, 14

MADRID



M. Uslar